



11

Pepe Pelayo / Betán
**EL ENIGMA
DEL HUEVO VERDE**

EN EL BOSQUE SE HA COMETIDO UN DELITO: ALGUIEN HA ENVENENADO AL ZORRO. LAS ÚNICAS PISTAS SON UNA PLUMA Y UN EXTRAÑO HUEVO VERDE. TODOS DAN POR CULPABLE AL PERDIZÓN, PERO EN LA AGENCIA DE DETECTIVES H.S.M. NO ESTÁN TAN SEGUROS. EL EXTRAORDINARIO TRÍO FORMADO POR UN BÚHO, UN SAPO Y UNA MULA DEBERÁ ENCARGARSE DE RESOLVER EL MISTERIO QUE HA CONMOCIONADO A TODOS LOS ANIMALES DE LA COMARCA. ¿LOGRARÁN CUMPLIR SU MISIÓN?

PEPE PELAYO: CHILENO-CUBANO (1952). ES ESCRITOR, COMEDIANTE Y ESPECIALISTA EN HUMOR. EN EDICIONES SM HA PUBLICADO *EL ABUELO DE DIOS*, EN COAUTORÍA CON ARAMIS QUINTERO. JUAN MANUEL BETANCOURT (BETÁN), CUBANO (1938-2007). FUE ESCRITOR, PERIODISTA Y HUMORISTA.

A PARTIR DE 7 AÑOS

El enigma del huevo verde

Pepe Pelayo / Betán

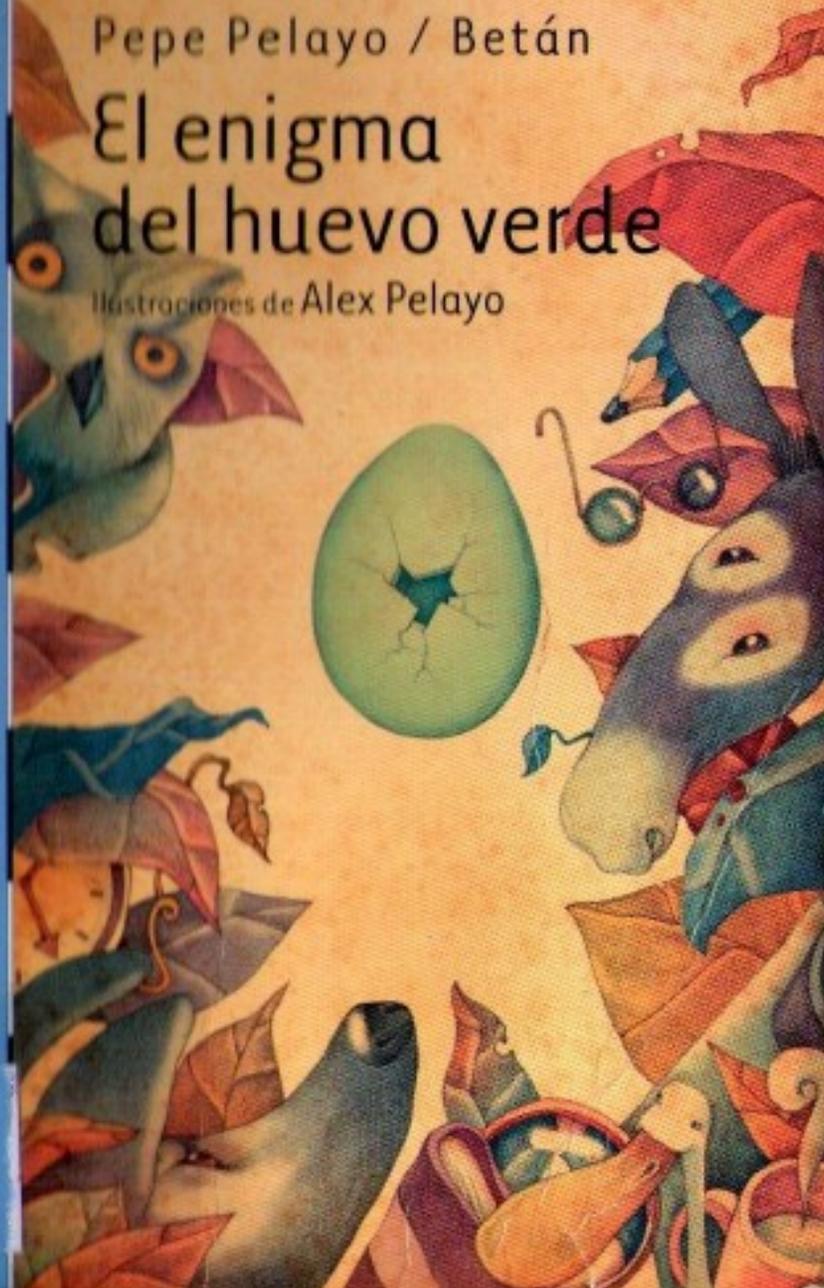
EL BARCO DE VAPOR



Pepe Pelayo / Betán

El enigma del huevo verde

Ilustraciones de Alex Pelayo



EL BARCO



DE VAPOR

El enigma del huevo verde

Pepe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo

ediciones **sm**

El enigma del huevo verde

Primera edición: enero de 2009

Segunda edición: abril de 2010

Dirección editorial: Rodolfo Hidalgo C.

Dirección literaria: Sergio Tanneuz P.

Ilustraciones y cubierta: Alex Pelayo.

Diagramación: Equipo Diseño Ediciones SM Chile

© Pepe Pelayo / Betán

© Ediciones SM Chile S.A.

Coyuncura 2283, oficina 203

Providencia, Santiago de Chile.

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

ISBN: 978-956-264-576-8

Registro de Propiedad Intelectual:

Inscripción N° 172.208

Impresión: Maval Impresores.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

I. La víctima

O el zorro gris y su *Lorri, bilorri*

EN LAS FALDAS de una alta montaña, a orillas de un riachuelo que limita con un antiguo bosque por un lado y varias granjas por el otro, vivía un zorro gris de cola plateada. Su madriguera, excavada con sus propias patas, constaba de un dormitorio, sala de estar, baño, patio y una espaciosa cocina-comedor—su lugar favorito por ser muy glotón—, que mantenía repleta de alimentos, la mayoría robados porque era un hábil y astuto ladrón.

Como era su costumbre, Rozo, el zorro, dormía todo el día para así poder salir a hacer sus fechorías de noche.

A veces, soñaba que se apoderaba de un castillo y que los domingos invitaba a otros zorros importantes a montar a caballo y a perseguir jaurías de perros para cazarlos y darse por la noche un opulento banquete. Sueño que esta vez fue interrumpido, precisamente, por el ruido y el movimiento de sus tripas. Su fino olfato había percibido el olor de uno de sus manjares favoritos, venido de la puerta de su agujero.

Rozo se desplazó silenciosamente hasta la superficie, a pesar de no sentirse completamente despierto. Sacó su hocico y lo primero que vio fue un huevo de color verde claro y bastante brillante. La boca se le hizo agua. Pero receloso y desconfiado como son los de su raza, aguzó su vista y su oído observando detenidamente los alrededores. Al convencerse de que nadie merodeaba por allí ni aparecía el dueño de aquel sabroso regalo dejado en su puerta, no pudo soportar más y con sus patas delanteras

agarró el huevo, lo golpeó contra una piedra y lo degustó, sin importarle su condición de huevo huero —no fecundado por el ave macho, pero empollado por la hembra—, lo que provocaba un fétido olor que Rozo disfrutaba sin el menor asco.

Una vez terminado el banquete, pero sin satisfacer del todo su hambre, se recostó en un tronco caído, seco y hueco, a un costado de su madriguera. Colocó sus patas delanteras detrás de la cabeza y se dispuso a contemplar las caprichosas figuras de las nubes para tener una buena digestión, mientras interpretaba en voz baja una balada inventada por él:

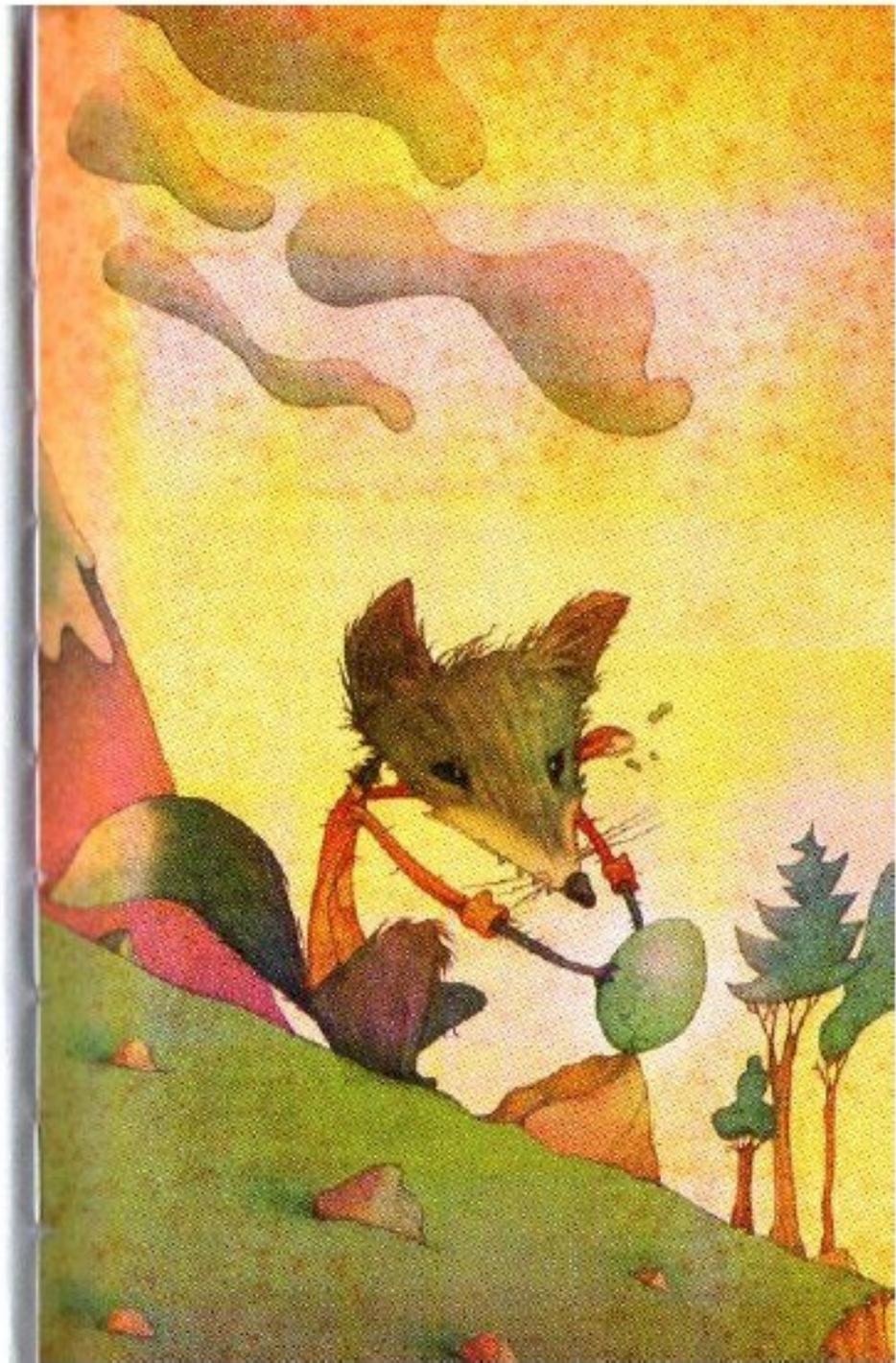
*Lorri, bilorri,
zorro, I'm sorry.
Lorri, virín
contrazorrín.
Huevo, zorrambre
¡quítame el hambre!*

Pero al callarse un instante, para continuar improvisando la segunda estrofa, escuchó unas leves pisadas sobre la hierba seca detrás de unos arbustos. Enseguida se puso en alerta y decidió averiguar.

Llegó con sigilo hasta el lugar y a través de las ramitas y de las hojas pudo observar que un ave de aspecto redondeado y color pardo con manchitas negruzcas picoteaba semillitas esparcidas en la tierra.

“Nunca he visto a esa extraña ave por aquí”, se dijo. Rozo, como buen ladrón, conocía a todos los habitantes de la zona. “Si es macho, la hembra debe ser feísima”, bromeó para sí. Porque sabía que, a diferencia de los seres humanos, los machos en los animales son más hermosos que las hembras y aquella ave no era muy vistosa que digamos.

De nuevo se le volvió a llenar la boca de saliva. “El huevo fue un aperitivo y este plumífero será el almuerzo”,



pensó. Y acto seguido, se lanzó hacia el ave con sus garras y colmillos dispuestos a devorarlo todo por delante.

Desde lo alto de un árbol, Noma, una mona tití, había logrado ver el salto del zorro, pero como el arbusto le tapaba la visibilidad no pudo observar lo que sucedía del otro lado. Sin embargo, enseguida vio al ave huir volando y a Rozo volver caminando de forma extraña hacia su madriguera.

Y es que el zorro había sentido un dolor agudo en su estómago. Iba a gritar pidiendo auxilio, pero no pudo. Primero se le paralizó su mandíbula, después fue la boca. Aquello avanzaba y le agarró completa la cabeza. Más tarde su cuello y las patas, hasta llegar a la enorme cola. Tan tieso quedó, que perdió el equilibrio y cayó cuan largo era.

Por eso la mona tití lo vio caer rígido, como si fuera un adorno de yeso, y comenzó a dar histéricos chillidos de susto.

Pero no solo ella lo vio, porque desde dentro del tronco hueco donde unos minutos antes Rozo se había recostado, dos ojos de mirada fría también fueron testigos de la escena.

Entonces Noma, dando histéricos chillidos de alarma, bajó hasta donde había caído el zorro, comprobó que estaba vivo y corrió a avisar a una ambulancia y a la policía.

Los ojos de mirada fría y maligna se retiraron poco a poco del lugar.

II. La policía

Canes patanes, pastores investigadores

CUANDO Rope, el perro policía, llegó al lugar del suceso acompañado por sus dos cachorros aprendices de detectives, ya se habían llevado al zorro Rozo para el hospital, pues vieron que aún respiraba muy tenuemente, pero respiraba.

Lo primero que les ordenó Rope a sus cachorros fue que acordonaran un área de diez metros a la redonda con cintas plásticas de color amarillo, acción que se vio demorada porque ambos perritos trataron de ser lo más precisos posibles, y a cada rato medían para obtener los diez metros exactos.

—¿Alguien vio algo? —preguntó Rope, acercándose a los animales curiosos que comenzaron a reunirse detrás de la cinta amarilla. Y como ninguno contestó, el perro policía alzó la voz—: ¿Quién de ustedes llamó a la policía?

Noma, la mona, levantó vacilante su brazo y dijo con vocecita tímida:

—Fui yo.

—Entonces tú lo viste todo —la emplazó Rope con un gruñido.

—No, no, yo no vi nada... yo sólo me asomé a la puerta de mi casa que está allá arriba —señaló a la copa de un árbol cercano—. Entonces vi a Rozo saltar del otro lado del arbusto, a un ave salir volando y al zorro regresar como si estuviera borracho, para caer posteriormente a tierra, como caería un animal disecado.

—¿Qué ave era? —quiso saber el policía.

—No sé. Nunca la había visto antes.

—¡No mientas! —gritó Rope.

—¡Le juro que digo la verdad!
—se asustó mucho Noma, y comenzó a esconderse detrás de los otros animales dando histéricos chillidos de temor.

El policía la miró con ojos de duda, pero no dijo nada y se puso a olisquear todo el contorno con su agudo olfato de pastor alemán.

Los cachorros, que al fin habían terminado su labor, lo imitaron y así estuvieron un buen rato en los alrededores de la madriguera del zorro, oliendo aquí, husmeando allá, hasta que uno de los aprendices dio un destemplado ladrido.

—¿Hallaste algo? —preguntó su padre enderezando las orejas enseguida.

—No sé —contestó el cachorro desde el otro lado del arbusto donde Rozo había caído paralizado—, pero aquí hay un fuerte olor a ave.

—Déjame ver a mí —se acercó

Rope, peinando la zona con su hocico—. Yo no huelo nada.

—¡Cómo no! ¡Si es constante el olor a ave! —insistió el cachorro.

—¡Claro! ¿Cómo no lo vas a oler si tienes una pluma pegada en tu nariz? ¡Qué tonto! —se burló su hermano.

Pero no solo se rió de él, también entonó una cancioncita mientras lo señalaba con el dedo:

*El burrito San Vicente
lleva carga y no la siente.
Hay un perro por aquí
con plumita en la nariz.*

Algo ruborizado, el cachorro se pasó la pata por el hocico y la pluma cayó al suelo.

—¡Encontré una pluma de gallina! —dijo dando varias vueltas hasta echarse delante de su hallazgo. Y para salir con dignidad de aquella situación, se viró hacia su hermano—. ¡Soy mejor policía que tú, porque no encontraste nada!

El padre examinó la pluma encontrada por su hijo y movió la cabeza en señal negativa.

—No es de gallina —dijo con seguridad.

—Si no es de gallina, ¿de qué es? —saltó el cachorro un poco nervioso, antes de que su hermano se burlara también de su otra equivocación.

—Parece de perdizón —contestó el perro policía como si hablara consigo mismo.

—¿De perdi... qué? —alzó la cabeza el otro perrito.

—De perdizón. Aunque por el color opaco parece de una hembra —repitió Rope con aire de profesor de zoología—. Perdizón... así se le llama al tinamú grande, que es una especie de ave con cabeza de gallina, pero con el cuerpo parecido a un balón de fútbol.

—¡Pues ya tenemos a la que intentó matar al zorro! —aulló alborozado el cachorro que encontrara la pluma,

mientras se rascaba con furia el cuello—. ¡Y fui yo quien halló la pista!

—¡Bah, tanto alboroto por una pluma! —ladró el otro cachorro con envidia.

—¡Si la hubieras encontrado tú, seguramente estarías saltando de alegría! —le reprochó el hermano.

—Basta de discusiones y vamos a buscar a la perdizona esa —intervino Rope conciliador. Y volviéndose hacia los animales que curioseaban, preguntó—: ¿Alguien sabe dónde ubicar por aquí a unos perdizones? Porque no conozco ninguno por estos lados.

—Yo sé —se señaló a sí misma Tapa, la pata, la más chismosa de los animales de la zona, y todos la miraron extrañados—. Hace poco se mudaron unos perdizones al laurel que está por el camino de los cedros. Nadie los había visto antes.

Rope se dirigió a un cachorro y le ordenó entrevistar a todos los vecinos y

curiosos presentes. Acto seguido, le hizo señas al otro para que lo siguiera, y tomaron el camino que le habían indicado.

Un rato después estaban frente al laurel que les dijera Tapa, y Rope ladró fuerte con su autoritaria voz:

—¡Señora perdizona, salga usted de inmediato!

—¿Qué sucede? —asomó su cabeza el ave.

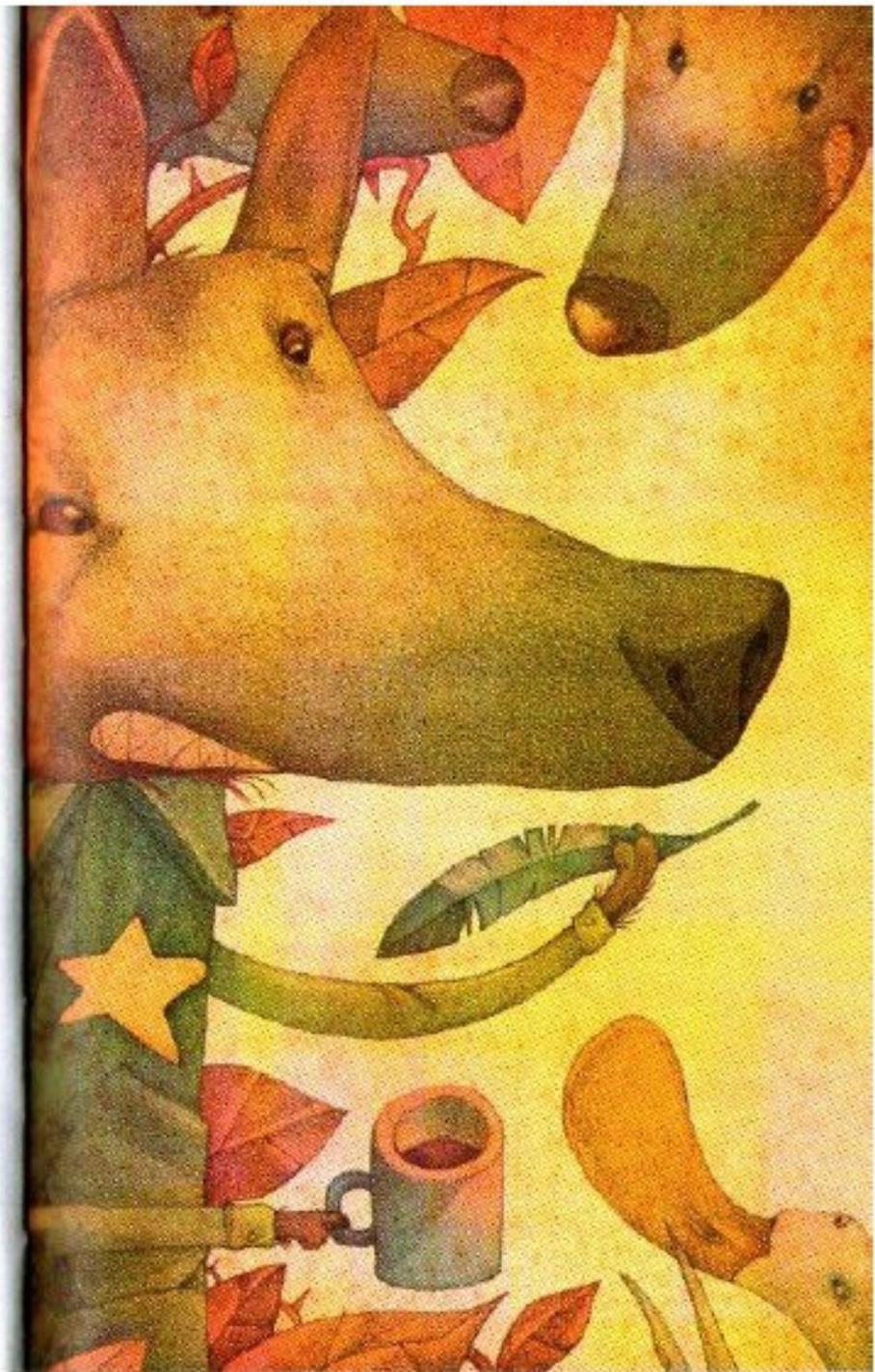
—¡Queda usted detenida!
—anunció el perro policía sin más miramientos.

—¿Presas yo?! ¡¿Por qué?!

—¡Por atentar contra la vida del zorro! —respondió el cachorro—. ¡Tiene derecho a permanecer callada, porque lo que diga puede usarse en su contra y...!

—Hay un error... ¿Cómo pueden pensar...? —lo interrumpió la perdizona.

—¡No se haga la inocentona! —y el cachorro se le encaró, rascándose el



cuello sin hallar la garrapata que lo ase-
diaba—. ¡Yo mismo encontré la prueba
que la hace culpable!

—¡Acompáñenos, señora perdi-
zona, y no me obligue a usar la fuerza!
—la amenazó Rope.

—¡Un momento! —dijo el per-
dizón apareciendo con las plumas eri-
zadas en la puerta del nido—. ¿Qué
pruebas son esas que incriminan a mi
esposa?

—¡Esta pluma hallada en la esce-
na del crimen! —dijo el cachorro esgri-
miéndola en su pata derecha.

El perdizón titubeó un instante
ante la evidencia, pero enseguida se re-
compuso y dijo:

—No pudo haber sido mi esposa
la que dejó esa pluma en ese sitio.

—¿Por qué afirma eso con tanta
seguridad? —lo desafió el perro policía
con su mirada.

—¡Porque mi esposa ha estado
todo el tiempo en casa empollando los

huevos de nuestros futuros hijos!

Al escuchar aquella afirmación,
Rope pareció sorprenderse, pero ense-
guida respondió con buena lógica:

—¿Cómo explica usted entonces
la pluma de perdizona en el lugar don-
de cayó el zorro?

—No es de mi esposa —sonrió
tristemente el perdizón.

—¿Ah, no?! —saltó Rope—. ¡¿Me
va a discutir a mí que esta no es una
pluma de perdizona?!

El ave miró desafiante al perro
policía y le dijo:

—Se lo discuto porque sé que no
es de perdizona, sino de perdizón...
—hizo una breve pausa y concluyó—:
¡Esa pluma quizás sea mía!

III. Los detectives

Un búho, un sapo y una mula:
tres detectives de lujo

—¡AYÚDENME, por favor!
¡Ustedes son los únicos que pueden ayudarme! —gritaba la perdizona en la ladera de la montaña y ante una pequeña caverna con el letrero de Agencia H. S. M. en su entrada.

—¿Qué gritería es esa? —salió Malu, la mula—. ¿No ve que estamos en una reunión importante?

—¡Disculpen, pero necesito de ustedes! —respondió el ave entre sollozos.

—¡Cálmese, cálmese! —Malu se acercó más—. Venga, entre a nuestra oficina y ahí nos cuenta todo.

La mula, con disimulo, se adelantó para despertar a Sopa, el sapo, y a Hobú, el búho, para aparentar que aquella siesta era una reunión, y los tres, ya con los ojos bien abiertos, recibieron a la perdizona y escucharon su historia.

—...y se llevaron preso a mi esposo. ¡Por favor, necesito sus servicios! ¡Ustedes se tienen que encargar de demostrar que no fue él!

—¿Y cómo dio con nosotros, señora? —preguntó Malu.

—Yo salí desesperada buscando ayuda por todas partes y me encontré con Tapa, la pata. Ella me dijo dónde tenían la oficina ustedes.

H., S. y M. con solo mirarse supieron que estaban dispuestos a aceptar el caso. Es que desde hacía tres años trabajaban juntos como detectives particulares y ya habían solucionado muchos enigmas en toda la zona, por lo que se conocían al dedillo. Sus talentos como

grandes investigadores, pero a la vez sus cualidades de animales nobles, sensibles, comprensivos y dotados de un gran sentido de justicia se había extendido más allá del bosque, de la montaña y del río. En fin, la fama de la Agencia H. S. M. era indiscutible, sobre todo porque era la única que ofrecía esos servicios en cientos de kilómetros a la redonda.

—No se preocupe, señora —le dijo Hobú sin dejar de mover lentamente su cabeza de un lado a otro—. Vaya a su nido y cuide de sus huevos, que nosotros nos encargaremos de liberar a su esposo.

Al quedarse solos, los tres amigos comenzaron a trazar el plan de su nueva investigación.

—Este caso me recuerda aquella vez que descubrimos que Roto, el toro, había mentido cuando dijo que Cosma, la mosca, lo asaltó para robarle, ¿recuerdan? —comentó el sapo.

—Sí, claro que lo recuerdo, Sopa —dijo el búho—. Pero la experiencia nos dice que ningún caso es igual a otro.

—Oye, Hobú, si la cosa es liberar al perdizón como dices, vamos hasta la comisaría, le doy tres patadas a la reja y lo liberamos sin más cuento.

—¡Pero, Malu, no puedes ser tan mula! —exclamó el búho.

Entonces el ave, abriendo sus alas, cantó este cha cha cha a viva voz:

*Uno, dos, tres y cuatro.
Una mula pegó al gato
con la punta del zapato.
El zapato se rompió
y la mula se ofendió.*

—¡Tú le dijiste a la perdizona que lo íbamos a liberar! —se defendió Malu, cortando a Hobú que iba a repetir la estrofa.

—¡No dije eso!

—¡Sí lo dijiste!

—¿Por qué las mulas son tan tercas? —continuó Hobú, aparentemente molesto—. ¡Cuando hablé de liberar al perdizón, me refería a reunir pruebas de su inocencia para que la policía lo suelte!

—Bueno, no discutamos más y vamos a decidir cuál es el primer paso —cortó Sopa.

—Yo propongo hacerle una visita al herido e interrogarlo —dijo el búho.

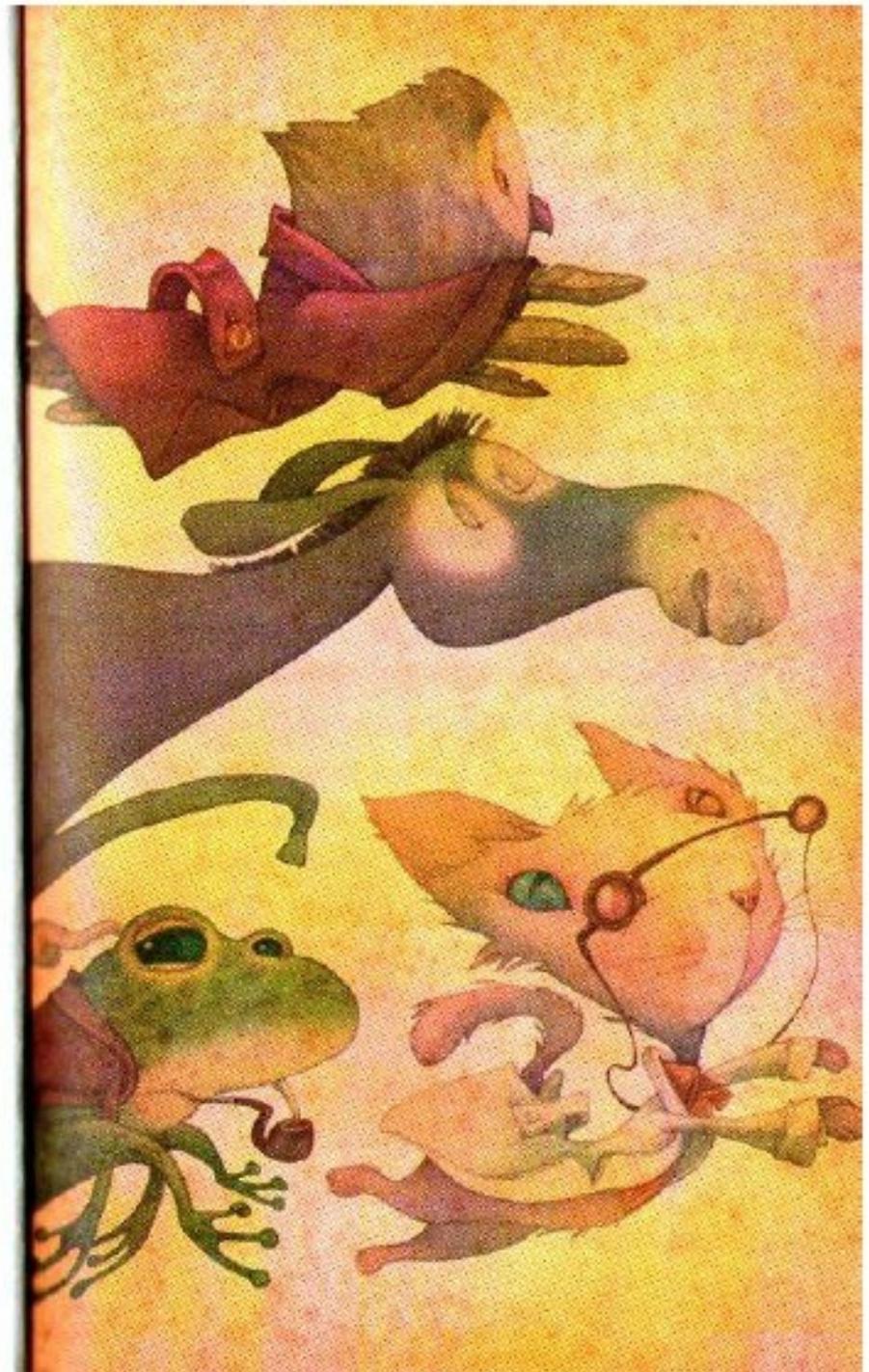
—Es lo más lógico —agregó el sapo.

—Es lo que había pensado —concluyó la mula, propinándole una violenta patada a una piedra para no ver las miradas burlonas de sus compañeros.

Un rato después ya estaban en la recepción del hospital. El doctor Toga, el gato, los recibió y los condujo hasta la camilla donde trataban a Rozo, el zorro.

—Aquí es —señaló Toga.

—¿Podemos hablar con él, doctor?



—quiso saber Sopa.

—No sé cómo podrán comunicarse con él, porque hasta ahora no mueve un solo músculo de su cuerpo.

—¿Pero qué le pasó, doctor, qué enfermedad es esa? —preguntó Hobú.

—Aún no lo sabemos, pero estamos estudiándolo.

—¿Y nos puede decir si presenta algún golpe, alguna herida...?

—prosiguió Sopa.

—No, no hay signos de violencia —respondió Toga.

—¡No hace falta que estén metiendo sus hocicos donde no los llaman! —interrumpió el vozarrón de Rope, el perro policía, quien llegó de improviso.

Era sabida por todos la eterna rivalidad que existía entre el policía y sus cachorros, por un lado, y H., S. y M., por el otro. En la totalidad de los casos en que se involucraban ambos bandos, siempre salían airoso Hobú, Sopa y Malu, quienes descubrían con mayor

rapidez y eficiencia los misterios.

—Permiso, los dejes solos —dijo Toga, retirándose para no presenciar un nuevo enfrentamiento entre los rivales.

—¿Por qué no hace falta investigar, señor? —dijo Hobú, volando hasta el lomo de la mula para controlarla, al ver que a su amiga se le había erizado la crin, señal inequívoca de furia en ella.

—Porque con la pluma que hallamos en el lugar no tengo dudas de quién es el culpable —respondió Rope.

—Me agradaría saber, señor, si ya usted comprobó que esa pluma pertenecía precisamente a ese perdizón y no a otro —dijo Sopa.

—Este... claro, ¿de quién iba a ser si no? Es la única familia de perdizones que vive por estos lados.

—Y me imagino que también comprobó cómo un animal tan chico como esa ave pudo dejar así, en estas condiciones, a un zorro tan grande como Rozo, ¿no es cierto? —añadió Hobú.

—¡Wau! ¿Nos puede explicar cómo lo pudo vencer en esa pelea? —lo encaró Malu, bastante molesta.

—¡Sí, porque no hay golpes ni heridas en el cuerpo del zorro! —insistió Hobú, pero a la vez calmando a su cuadrúpeda amiga.

—¡Yo-yo tengo una teoría! ¡Pe-pero estoy esperando que el perdizón confiese! —tartamudeó el perro, carraspeando y reponiéndose para agregar—: ¡Y mientras no lo haga, se pudrirá en la comisaría! ¡Por tanto, los quiero a ustedes lejos del caso para que no interfieran con mi investigación! ¡De lo contrario, les retiro el permiso de detectives privados y les clausuro la agencia! ¡¿Escucharon?!

Y dando media vuelta se retiró con la cabeza y el rabo bien erguidos.

—¡No lo soporto! —resopló la mula, moviendo intranquila las patas traseras.

—No te sulfures tanto, Malu, ya

sabes cómo es él —dijo Sopa.

—Claro —dijo Hobú—. Y como siempre, no le hacemos ningún caso y seguimos investigando.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sopa después de saltar hasta el lomo de Malu para estar más cerca de su compañera, lo que provocó un erizamiento en la mula por el contacto con la fría piel del sapo.

—Yo haría una visita al lugar de los hechos —propuso el búho.

—Estoy de acuerdo —aceptó el sapo.

—¡Entonces, vamos! —dijo el búho—. ¡No perdamos más tiempo!

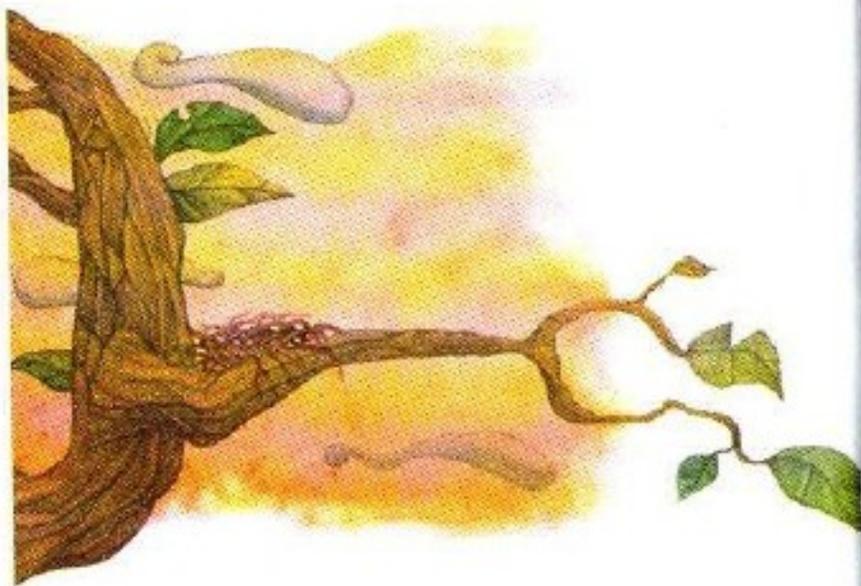
—¡Un momento! —exclamó la mula sacudiéndose a sus amigos de encima—. ¿Y a mí no me van a preguntar? ¿Yo puedo tener otra idea, no es cierto?

—Por supuesto, Malu —dijo Sopa.

—¿Cuál es esa idea? —se interesó Hobú.

—...La misma de ustedes —respondió Malu.

—¡Baaah! —gritaron el sapo y el búho, dejándola atrás.



IV. La pista

O el mal olor de ese color me da dolor

A PESAR del antagonismo existente entre Rope y los tres amigos detectives, el perro policía no tenía otro remedio que reconocer la alta eficiencia de H., S. y M. a la hora de revisar la escena de un delito.

Eficiencia debida a que el trío se complementaba de una manera muy especial, como en este caso, pues mientras Hobú observaba todo el perímetro del lugar de los hechos desde el aire, revisando cada palmo con la agudeza de sus penetrantes ojos, Sopa escudriñaba a ras de tierra, raíz por raíz, sin contar su facilidad natural

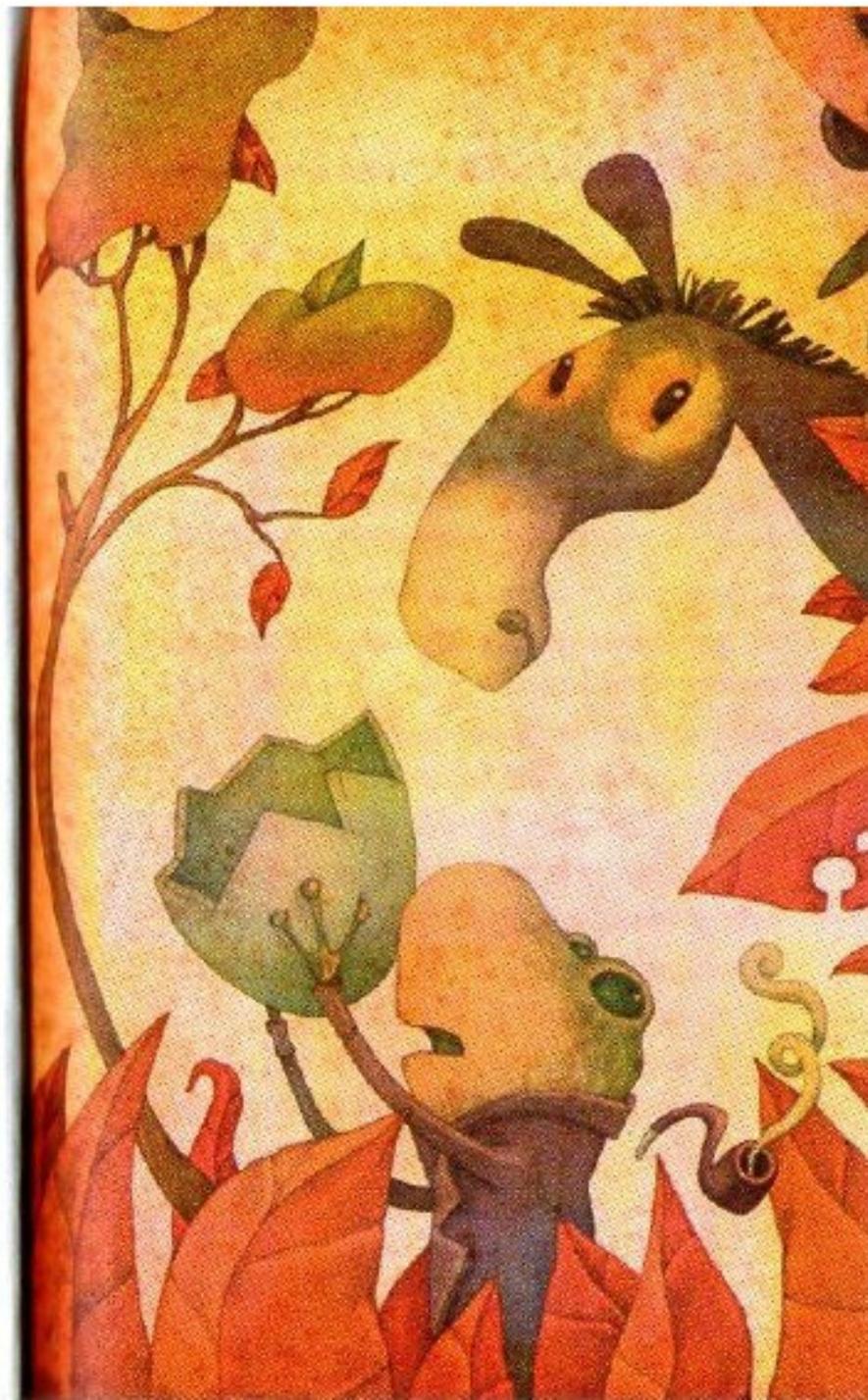
para revisar charcos, pozas, lagunazos y todo lo que tuviera que ver con agua; en tanto, Malu coceaba aquí y allá, pero con mucho cuidado, para mover las rocas, piedras y troncos y ver si había alguna evidencia oculta debajo de ellos.

Esta vez fue Sopa quien se tropezó con algo que llamó su atención al registrar un manojo de tupidas hierbas silvestres, cerca de la entrada de la casa del zorro. Era el cascarón de un huevo que parecía de gallina por su tamaño, pero se diferenciaba de este por su color verde brillante.

—¡Miren lo que encontré! —llamó a sus compañeros.

—¡Wau! ¿Desde cuándo las gallinas ponen huevos verdes? —se extrañó Malu, quien fue la primera en llegar—. ¿O será que esta gallina se alimentó mucho con acelgas y espinacas?

—Ese cascarón no es de un huevo de gallina —aseguró Hobú mientras aterrizaba, aunque ya lo había visto antes de posar sus patas en tierra.



En ese momento, una sombra se ocultó aún más en el interior del tronco hueco. Sombra que logró burlar la aguda mirada del búho, la meticulosa búsqueda del sapo y la cuidadosa inspección de la mula.

—¿De quién creen que puede ser?
—preguntó Sopa.

—Por el color, es de un perdizón
—contestó el búho sin la menor duda.

—Eso quiere decir —razonó el sapo— que habría que culpar al zorro de haberle robado ese huevo a los perdizones.

—Sí —se quedó Hobú pensativo—, pero también Rope lo va a interpretar como el motivo que tuvo el perdizón para vengarse del zorro y atacarlo de alguna manera.

—¿De qué manera? —preguntó la mula perpleja—. Porque ya comprobamos que Rozo no presenta golpes, ni heridas, ni señales de violencia.

—Yo no creo que el perdizón haya

sido quien mandó a Rozo para el hospital —dijo Hobú categórico.

—Pero que nosotros creamos que el perdizón es inocente no resuelve nada —resopló la mula—. Tenemos que probarlo. ¿No fue eso lo que me dijeron?

—Si este cascarón de huevo fuera la clave... —dijo el sapo pensativo, empujándolo sin querer hacia donde estaba parada la mula.

—¡Oye, echa eso para allá! —protestó Malu—. ¡Huele horriblemente!

—¿A qué quieres que huelga un huevo huero? —preguntó Hobú abriendo sus alas como indicándolo lo que era obvio.

—Espera... —advirtió Sopa acercándose más al cascarón—, es cierto que huele mal, pero no solo a huevo huero.

—¡¿Ah, no?! —exclamó el búho y también se aproximó a olisquear—. Tienes razón, le sale otro olor fuerte y ácido...

—¿Qué crees que es entonces?
—se interesó la mula.

—Déjame ver... —Hobú volvió a olisquear—. Esto se me parece a...

De repente, los redondos ojos del búho se agrandaron como platos y brillaron más que de costumbre, al tiempo que su cabeza daba cuatro giros completos sobre su cuerpo, por lo que Sopa y Malu, que conocían muy bien a su compañero de pesquisas, se percataron al instante de que acababa de hacer un descubrimiento.

—¿Qué? —preguntaron el sapo y la mula a desafinado dúo.

—¡Ya sé lo que le pasó al zorro!

—¿Qué le pasó? —volvieron a interrogar Sopa y Malu, repitiendo el tan desastroso coro que solo pueden lograr el rebuzno de una mula y el croar de un sapo al unísono.

Hobú se regodeó un tanto para acrecentar la ansiedad de sus dos amigos antes de responder:

—¡¡A Rozo trataron de envenenarlo!!

Y la sombra dentro del tronco desapareció por completo en su interior.

V. Más indagaciones

Malis malus, melos moles, malas mulas

UNA CUADRÚPEDA, de la familia de los équidos, a trote lento avanzaba por un camino de tierra entre el río y el bosque. Unas rayas blancas y negras le recorrían el cuerpo. Marchaba con mucha alegría si tenemos en cuenta el pronunciado péndulo que hacía su parado rabo, moviéndolo con tanta rapidez que parecía el limpiaparabrisas de un auto último modelo. Estaba tan contenta que comenzó a cantar un viejo bolero:

*Al pasar por una loma
una mula me encontré
y en su lomo se leía:
"Yo jamás te olvidaré".*

Sin embargo, a pesar del placer que le brindaba la canción, de repente se detuvo en seco, mientras volvía su cabeza. Sus orejas se pusieron tensas. "Me pareció escuchar pasos", se dijo. Pero al no ver a nadie por el camino, continuó su marcha.

A poco andar, de nuevo se detuvo al sentir una vez más los pasos, aunque en esta ocasión con más claridad. Se volteó rápido, pero no lo suficiente. El ruido de pasos desapareció de pronto. Observó bien los alrededores y, muy a su pesar, prosiguió su trote al no ver nada fuera de lo normal. Entonces avanzó con todos los sentidos alerta. Aquella oculta persecución ya la había puesto nerviosa y, por qué no decirlo, también la había asustado.

Volvió a oír los pasos, se detuvo sin mirar atrás y... los siguió escuchando. Viró rápido la cabeza y... silencio absoluto.

Se le ocurrió una idea: trotar con la cabeza vuelta hacia atrás para no ser sorprendida.

Pero por culpa de esa estrategia, unos diez metros más adelante, la rama de un joven roble le golpeó el cuello y le provocó una tortícolis que hizo que corriera, casi de lado eso sí, hasta su destino sin preocuparse más de los misteriosos pasos.

—¿Qué te pasó, Malu? —se sorprendió el búho al verla entrar así a la agencia.

—Choqué con una rama y me dañé el cuello.

—¿Y se puede saber por qué estás pintada como una cebra con esas rayas blancas y negras? —siguió interrogándolo Hobú.

—Porque me dijiste que fuera a ver al perdizón preso.

—¿Y?

—Que me pinté como una cebra para burlar al cachorro de guardia, ya

que si me veía como yo soy no me iba a dejar entrar a la comisaría.

—Pues mira, te salvaste porque esos perros son bastante estúpidos. Cualquiera otro animal se daría cuenta de que las cebras no tienen las rayas horizontales como te las pintaste.

—¿De verdad?

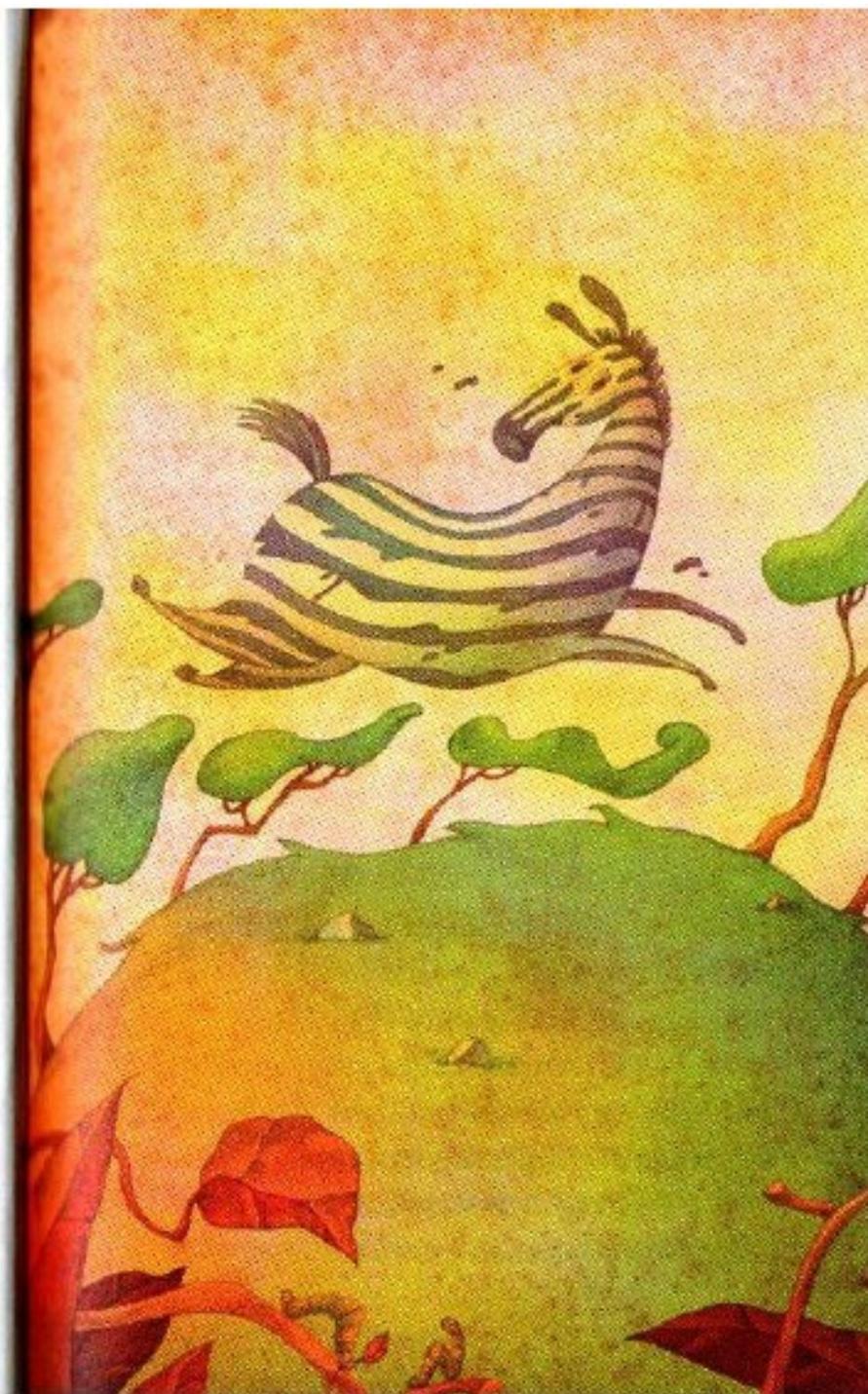
—Claro —le dijo el búho aguantando la risa—. Además, ¿te las hiciste con ténpera? Porque con el sudor se te han corrido, se han formado manchas y ahora pareces más una dalmata gigante que una cebra.

—¡Wau! ¿En serio?

—Lo más probable es que la pintura corrida te cegara y por eso no viste la rama que te golpeó el cuello.

—No, Hobú —se defendió enseguida Malu—. No fue la pintura. Estoy segura de que me estaban siguiendo y por preocuparme me accidenté.

—¿Te estaban siguiendo?! —saltó el búho—. ¡Uf! ¡Eso quiere decir que el



culpable sabe que estamos tras él!

—Eso pensé —dijo la mula.

—Bueno, ¿y pudiste hablar con el perdizón?

—Sí. Al principio no creía que yo lo quería ayudar. Como no me conoce, ni sabía que su esposa nos había contratado...

—Claro —el búho aguantó la risa de nuevo—, ¡y con esa pinta!

—Así es —afirmó la mula—. Pero lo pude convencer y me confesó que él no tenía nada que ver con lo que le sucedió al zorro. Sin embargo, me dio la impresión de que no me lo contó todo.

—A mí me pasó lo mismo con la perdizona. Fui hasta su nido y me repitió lo mismo que nos había dicho, pero noté que ocultaba algo.

—¿Entonces, crees que ellos tienen que ver con la parálisis del zorro?

—preguntó Malu preocupada.

—No sé... me parece que no, pero algún secreto tienen guardado esas aves.

En ese momento se escuchó un sonido parecido a cuando uno lanza una plasticina contra la pared, y ambos amigos dieron un brinco del susto. Era el sapo, que después de dar un gran salto desde la entrada de la caverna, había caído encima de una mesa.

—¿Qué pasa, Sopa? —reaccionó primero el búho.

—Vengo del hospital —contestó.

—¿Estás enfermo? —quiso saber la mula.

—¡No, Malu! Fui a llevarle a Toga, el gato, las cáscaras de huevo que encontramos para que las analizara en el laboratorio.

—¿Y? —lo apuró Hobú.

—Una noticia buena y una mala.

—Di la buena primero —dijo el búho.

—La buena es que el veneno encontrado en el huevo es el mismo que había en el estómago de Rozo —explicó Sopa—. Por tanto, ya está comprobado

que lo intentaron envenenar.

—Entonces, ya sabemos cómo fue. Ahora debemos averiguar quién lo hizo y por qué.

—¿Y la mala? —recordó la mula.

—La mala es que Rope, el perro policía, ya sabe que fue un intento de envenenamiento e insiste en culpar al perdizón, porque el zorro le quería robar sus huevos del nido, o algo así.

—¡Wau! ¡Hay que hacer algo rápido! —saltó la mula—. ¡Vamos para allá y a las patadas liberamos al perdizón!

—¡No, Malu! ¡Te he dicho que con la violencia no resolvemos nada! —la regañó Hobú.

—Yo tengo una idea —dijo Sopa.

—¿Cuál? —preguntaron la mula y el búho.

—Vamos a separarnos. Tú, Hobú, investiga a todos los animales alados que usen venenos. Tú igual, Malu, pero con los terrestres. Y yo lo haré con los

acuáticos. Uno de ellos nos llevará a la solución del caso.

—Yo estoy de acuerdo —dijo el búho.

—Yo también —dijo la mula—. Aunque me hubiera gustado encargarme de los alados. Mi sueño siempre ha sido volar entre las nubes.

—¡No lo puedo creer! ¡Una mula voladora! —comentó Hobú.

Y H., S. y M. salieron de la caverna en diferentes direcciones, sin sospechar el peligro al que se exponían al separarse.

VI. El acusado

O el *tibiri tabara* de un perdizón
enjaulado

A QUINIENTOS metros de la comisaría, el perro policía y uno de sus cachorros caminaban a toda prisa. Pero de pronto, Rope detuvo a su hijo con una pata. Oisqueó el aire y se desvió del camino unos pasos, llegando hasta un claro entre las hierbas silvestres. En un punto, comenzó a excavar con decisión y fuerza con sus dos patas, y la tierra que sacaba y que empujaba hacia atrás le caía encima a su cachorro, que lo había seguido.

—¿Qué buscas, papá? —pudo preguntar el animalito entre las toses

que le provocaban el polvo y la tierra en su hocico.

—¡No me digas papá! —lo regañó Rope sin dejar de excavar—. ¡Te he dicho mil veces que me digas jefe o comisario!

—Disculpa, pa... ¡jefe!

—Estoy...

Pero el perro policía no pudo terminar la frase. Había aparecido un hueso en el hoyo que acababa de abrir. De una dentellada lo sacó y comenzó a saborearlo.

—¡Jefe!, ¿cómo supo que ahí había un hueso enterrado?

—Porque el fantasma del pollo al que pertenece el hueso me lo susurró al oído —contestó el perro con voz cavernosa.

—¿En serio?

—¡Claro que no, tontín! —exclamó Rope cambiando el tono a regaño—. Yo lo enterré ahí ayer.

—¡Ah! ¿Y por qué no me ofreció

algo del hueso? —quiso saber el cachorro con ingenuidad.

—Porque ustedes deben comer comida para perros.

—¡Pero son muy malas esas galletitas, jefe! —exclamó el hijo.

—¡Eso no es lo que dicen las etiquetas! ¡Y por el precio, deben de estar riquísimas! —concluyó Rope terminando de masticar—. ¡Y ahora vamos que tenemos mucho que hacer!

Padre e hijo comenzaron a trotar al estilo de los pelotones de soldados y, por supuesto, entonando su rítmica marcha militar, que Rope cantaba casi gritando y su cachorro repetía en igual tono.

¡Vamos perros a triunfar!

¡Vamos perros a triunfar!

¡Porque hay que investigar!

¡Porque hay que investigar!

¡Y con Sopa, Malu y Hobú!

¡Y con Sopa, Malu y Hobú!

¡Voy a ser astuto y duro!

¡Voy a ser astuto y duro!

A duras penas el cachorro podía mantenerse al lado de su padre. Las zancadas de Rope eran enormes.

—No sé por qué tanta cosa si ya tenemos al culpable —dijo para sí el animalito, en medio de la sofocación debida al trote y durante un silencio del canto de su padre.

Pero el fino oído de Rope lo escuchó.

—¡Sí, tenemos al culpable, pero nos faltan pruebas!

—¿Y no basta con la pluma y lo que acabamos de descubrir en la farmacia?

—No. Esas pruebas no son suficientes para llevar al perdizón a un juzgado y que lo condenen.

—¿Entonces? —preguntó el cachorro casi sin aliento.

—Espero que ahora confiese. Pero antes voy a comprobar algo que nos

puede ayudar en el caso.

Por suerte para el aprendiz de detective, llegaron finalmente a la comisaría. El otro cachorro ya tenía todo preparado según las órdenes de su padre.

Se dirigieron a un saloncito donde los esperaba Noma, la mona, muy nerviosa por cierto.

—Muy bien —dijo Rope en cuanto se acomodaron—. Usted, señorita Noma, va a situarse frente a esa ventana de vidrio que da al salón de al lado, y nos va a decir cuál de los cinco animales que le mostraremos es el que vio usted volar momentos antes de caer paralizado el zorro.

—¿Es necesario que haga eso? —rogó la mona—. ¿Y si me ve cuando lo señalo y después quiere vengarse de mí?

—Eso es imposible. De allá para acá no se puede ver —aclaró un cachorro, rascándose con furia el cuello.

—¡No te rasques para acá, que me

van a caer a mí las garrapatas! —protestó el hermano.

—Señorita Noma —intervino Rope—, a usted nadie la va a ver, ni nadie le va a hacer nada. Pero sí tiene que hacer esto, porque es parte de las pruebas en contra del acusado. ¿Está lista?

La mona asintió varias veces con la cabeza de manera nerviosa. Entonces Rope tocó un interruptor y se iluminó el salón contiguo. Del susto, Noma dio varios histéricos chillidos.

Del otro lado, con un cartón con el número uno en el pecho se encontraba parado, de espaldas a la pared del fondo y de frente al vidrio, claro está, un elefante. A su mano izquierda, con el número dos, un cocodrilo. En el centro, el perdizón con el número tres. A la izquierda de este un reno con el número cuatro y por último, con el número cinco, una langosta en una pecera. Todos miraban al vidrio con seria expresión.

Cuando la mona se calmó, Rope

le repitió la pregunta:

—Señorita Noma, ¿cuál de los cinco sujetos vio usted volar del lugar de los hechos cuando estos se produjeron?

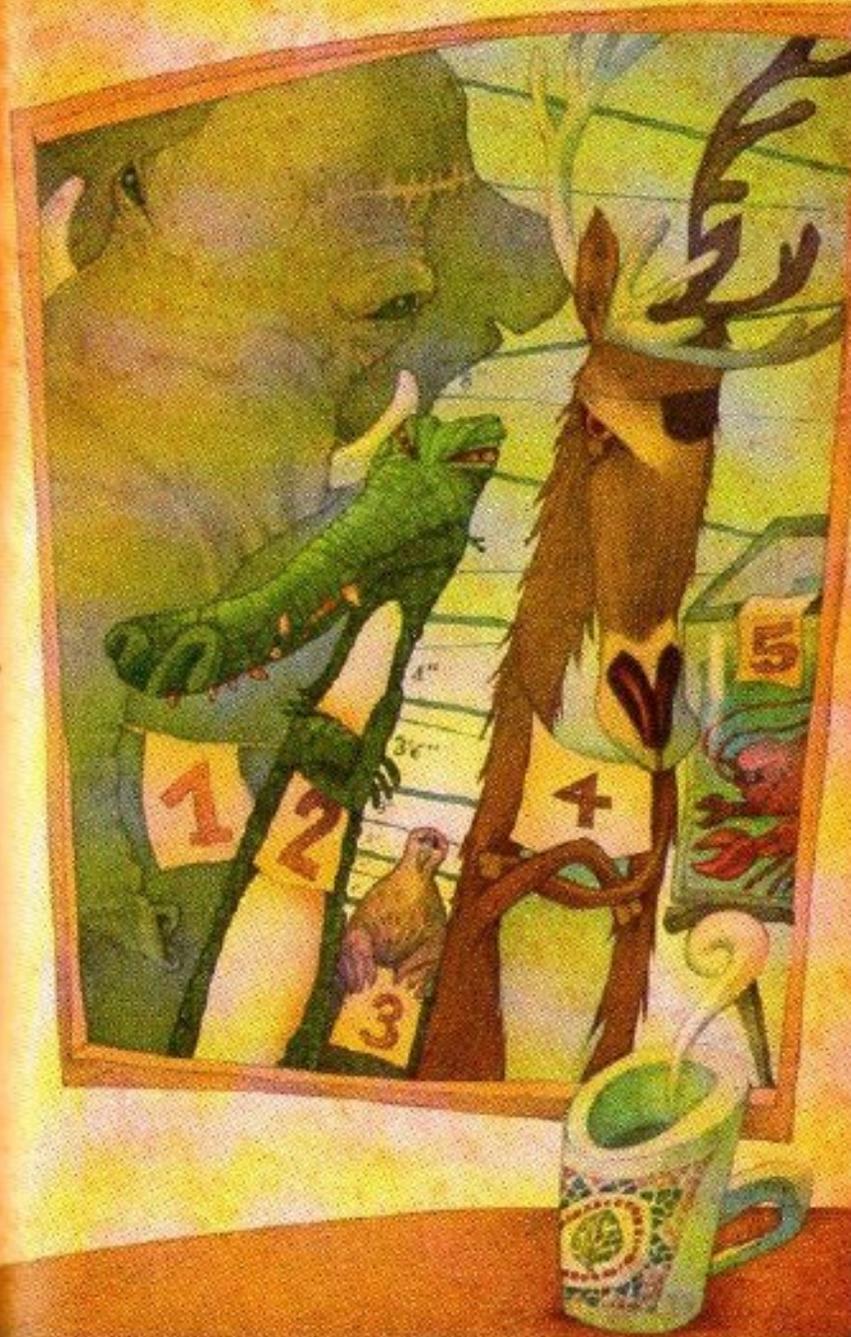
—No sé, no sé —y la monita se frotaba las manos en señal de angustia sin dejar de observar a los cinco animales—. Parece que al uno, pero sin trompa... o tal vez el dos, pero sin esa boca... aunque pudiera ser el cuatro, pero sin cuernos... o puede que el cinco, pero sin agua... Quizás sea..., ¿puede decirle al número tres que se acerque al vidrio?

—¡El número tres que dé dos pasos al frente! —ordenó el perro policía por un micrófono.

Cuando el perdizón estuvo más cerca de la ventana de cristales polarizados, la mona achicó los ojos para observarlo mejor y finalmente afirmó.

—¡Es él!

—¿Está segura?! —casi rugió Rope.



—¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡Sí! —y la mona comenzó a dar histéricos chillidos de nerviosismo y miedo, mientras saltaba por toda la habitación.

—Muy bien. Se cumplió correctamente la formalidad. ¡Ahora llévate a esa mona! —le señaló a un cachorro. Y dirigiéndose al otro, agregó—: Y tú, saca a los demás del otro saloncito y déjame ahí solo al perdizón.

Después de finalizar su tarea, los dos cachorros se instalaron en el salón frente a la ventana de vidrios polarizados para aprender el método de interrogatorios de su jefe-papá. Este había entrado a la habitación donde estaba el ave y, ceremoniosamente, dio unas cuantas vueltas girando en el mismo lugar y se echó delante de él.

—Mira, perdizoncito, no me hagas perder el tiempo y acaba de confesarlo todo.

—¡Pero si ya le he dicho que no hice nada!

—Mira, perdizoncito —volvió a hablar pausadamente Rope—, encontramos una pluma tuya en el lugar en el que se intentó envenenar al zorro. ¿Qué más quieres?

—Pero...

—Y por si eso fuera poco —interrumpió el perro policía, acentuando la calma y serenidad en su tono—, hace un rato averigüé con Chovi, el chivo farmacéutico, que tu esposa le compró un veneno hace dos días. ¿Eso no es suficiente para que confieses?

—¡Ese veneno que compró mi esposa lo utilizamos para rociarlo alrededor de mi nido, porque una plaga de pulgones se estaban acercando y quisimos proteger nuestros huevos!

—¡Mira, perdizonzote! ¡Estoy hasta el último pelo con tus mentiras! —le gritó, le gruñó y lo amenazó Rope con sus colmillos, perdiendo toda la calma— ¡O confiesas o...!

Pero no quiso continuar. Recordó

que sus hijos estaban mirando desde el otro lado. Quería enseñarles buenos modales y a controlar las emociones en los interrogatorios.

—Mira, perdizoncito —y de nuevo recuperó el tono tierno de sus palabras—, no sé si tendré tiempo para comprobar eso del veneno y los pulgones; o no sé si ya el veneno que supuestamente echaron se esfumó y no se podrá comparar con el del estómago del zorro.

—¡Vaya y compruébelo! ¡Verá que no miento!

—Mira, perdizoncillo, te voy a dar otra oportunidad. Si en unas horas no has confesado, te juro que te pasarás toda tu vida entre rejas, ¿de acuerdo?

“Dios mío, que esos detectives privados hagan algo rápido, porque de lo contrario nunca más veré a mi esposa y nunca conoceré a mis pichoncitos”, se dijo para sí el perdizón y se le aguaron los ojos.

VII. Los sospechosos de Hobú

O un animalejo tras la abeja en el bosquejo

TAL Y COMO acordaron, mientras la mula se encargaba de buscar entre los animales venenosos terrestres, el sapo haría lo mismo entre los acuáticos y el búho otro tanto entre los que volaban o vivían en las altas ramas de los árboles.

Según la información que manejaba de la zona, a Hobú no se le ocurrieron otros animales alados más que las abejas africanas. Sabía que eran muy venenosas y agresivas. ¡Por algo fueron expulsadas de África! Pero la sola idea de tener que aproximarse a esos insectos con tal mala

fama, llegados desde tan lejos para integrarse a lo peor de la delincuencia, le provocó un estremecimiento en todo su plumaje. Además, se aventuraba por una parte oscura y siniestra del bosque. Un área que ni a la policía se le ocurría transitar en sus rondas.

El plan de H., S. y M. era obtener un poco del veneno que utilizaba cada uno de los sospechosos y llevárselo al doctor Toga para que lo comparara con el hallado en el cascarón de huevo y en el estómago de Rozo. De esta simple manera conocerían la procedencia de la sustancia y así la identidad del animal que intentó envenenar a Rozo.

Un zumbido, que a Hobú le pareció el constante y monótono sonido de tambores de una tribu en medio de la selva, le indicó que la colmena de las abejas africanas estaba cerca, por lo que redobló sus precauciones y trató de volar de rama en rama, entre lo más espeso del follaje, para no ser descubierto.

De pronto, un sonido diferente al del zumbido de las abejas lo hizo detener su marcha y ocultarse entre las hojas. Hobú comenzó a girar lentamente y en redondo la cabeza sobre su cuerpo, como hacen los búhos, lechuzas y demás rapaces nocturnas. Daba la impresión de un radar tratando de ubicar el nuevo sonido llegado hasta sus finos oídos, que parecía el de un instrumento de cuerda ejecutando una hermosa y suave melodía.

Entonces escuchó una agradable voz que entonaba esta alegre tarantela:

*No tengas miedo
y acércate a mí,
disfruta mi canto
que es para ti.*

Hobú se sintió atraído por aquella canción y, sin proponérselo, comenzó a avanzar en dirección al sitio de donde provenía la música. Pero su instinto detectivesco, desarrollado por las nume-

rosas situaciones de peligro en que se había visto envuelto, disparó la alarma dentro de su cabeza y se detuvo en seco, justo un paso antes de que sus patas se enredaran en una fina pero resistente tela de araña. "Es una trampa", pensó. Y no se equivocaba. La arañita, con esa melodía y ese canto tan dulce, atraía a sus víctimas.

—¡La araña violinista! —exclamó impresionado al descubrir al peligroso insecto de color café que se balanceaba en el centro de su red, construida a la entrada de una cavidad en el tronco de un viejo cedro, mientras frotaba dos de sus ocho patas, como si fuera un violín, para producir la mortal música.

Hobú sabía de la existencia de esta araña porque hacía unos meses tuvieron que descubrir el crimen de una araña de rincón y esta les contó de la existencia de una prima que usaba este método musical de engaño para atraer a sus víctimas y envenenarlas.

Pero nunca se imaginó que se vería tan pronto cara a cara con aquella asesina de sangre fría.

El búho ya iba a retirarse tan sigilosamente como había llegado hasta allí, cuando de repente sus grandes ojos brillaron y una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

Muy pronto la idea estuvo conformada y Hobú se dispuso a ponerla en práctica, aunque sabía que era muy riesgosa y le podía costar la vida si fracasaba. Pero el búho era muy valiente, por lo que no dudó un instante más.

De modo que voló hasta las proximidades de la colmena de las abejas africanas y allí esperó, agazapado entre el follaje, a que una de ellas se separara del resto, pues su plan radicaba en atraer la atención de una sola de las abejas y luego hacer que lo persiguiera sin que las demás se dieran cuenta, pues si el enjambre llegara a perseguirlo, sabía que no tendría escapatoria posible.

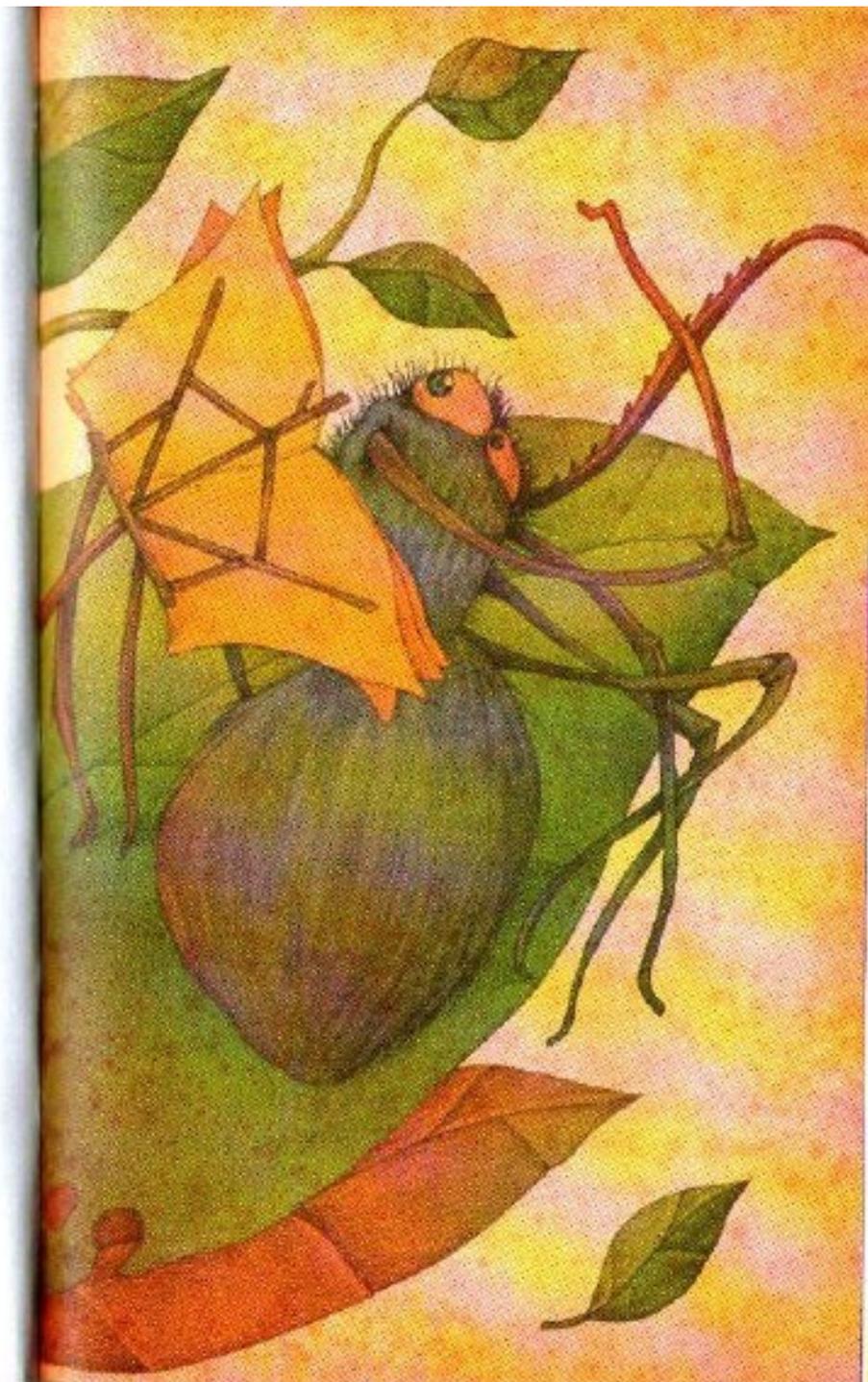
Otra cualidad que adornaba a Hobú era la paciencia, sin la cual es imposible esperar el momento preciso para conseguir lo que uno se ha propuesto. Por eso esperó sin desesperarse durante muchísimo rato, hasta que vio a una de las abejas apartarse de la colmena lo suficiente para atreverse a llamar su atención.

El búho abrió y agitó sus alas con fuerzas, hasta que la abeja africana se dio cuenta de la presencia del intruso cerca de la colmena y entonces Hobú le cantó este rap:

*Corrieron una carrera
señor búho y doña abeja,
cuando la pasaba el búho
le dijo: ¡fea!, en la oreja.*

Solo eso bastó para que la abeja africana se dispusiera a atacarlo loca de furia.

Perseguido de cerca por el insecto, quien blandía su emponzoñado aguijón



amenazadoramente, Hobú voló con rapidez y agilidad entre las ramas en dirección al sitio donde estaba la araña violinista. Una vez ahí, se lanzó en picada directamente al centro de la tela de araña, tratando de aminorar la velocidad para que la abeja africana se le aproximara por detrás lo más posible.

Pero en el último instante, cuando parecía que habría de enredarse entre los pegajosos hilos de la red, el búho cambió el rumbo de improviso, tomando desprevenida a la abeja que siguió su trayectoria y se impactó en la tela, muy cerca del centro donde estaba la araña violinista, quien de inmediato alzó dos de sus patas delanteras en gesto defensivo y esgrimió las pinzas envenenadas de su boca.

De inmediato se produjo el inevitable combate entre los dos terribles insectos, mientras Hobú observaba desde una alta rama.

Y cuando la abeja africana y la araña violinista se neutralizaron mutuamente con sus respectivos venenos, el inteligente búho no tuvo más que recoger una muestra de cada uno de ellos para llevárselas al doctor Toga y regresar satisfecho por la misión cumplida.

VIII. El sospechoso de Sopa

O no es de Croacia que vino un
¡croac!... la le, la le, la le li

SOPA ESTABA consciente de que le había tocado, de los tres, la parte más peligrosa de la misión: buscar una muestra de veneno entre los animales que lo poseían en el medio acuático. No porque abundaran las especies venenosas acuáticas en la laguna ubicada a un costado del bosque, ya que la mayoría de ellas vive en agua salada, sino porque tendría que enfrentarse sin remedio a la víbora, una de las serpientes más letales de todo el reino animal y jefa de la pandilla de asesinos que operaba en la zona de la laguna.

El sapo detective la conocía muy bien, pues desgraciadamente había tenido que compartir su "barrio" con ella desde que era niño. Pero siempre se las había arreglado para no encontrársela en el camino, teniendo en cuenta que los hábitos alimentarios de la víbora incluían a los anfibios, es decir, a los sapos y a las ranas, por lo que a Sopa no le hacía ninguna gracia formar parte de esa dieta.

Anteriormente, el sapo había descartado de su lista de sospechosos a la raya de agua dulce, un pez muy venenoso también, ya que como este animal acuático se pasa la vida muy tranquilo enterrado en la arena o en el fango de los fondos de ríos, lagos y lagunas, y solamente utiliza las espinas envenenadas de su cola como medio defensivo en caso de que lo ataquen o molesten, era poco probable que fuera su veneno el que paralizará al zorro.

En conclusión, Sopa se dirigió decidido a todo hacia la laguna con un paquete en la mano, como parte de su plan.

Una vez en el lugar, el sapo nadó hasta una isleta donde abundaban las altas hierbas. Allí desenvolvió el paquete y dejó oculto su contenido.

Hecho esto, consideró que había llegado el momento de localizar a la víbora, por lo que tomó aire y se lanzó resueltamente a la aventura.

No tuvo que buscar mucho, pues muy cerca de las márgenes de la laguna vio a la serpiente de algo más de un metro de largo que se deslizaba sinies- tramente entre las hierbas húmedas. El sapo sabía que a esa hora siempre la víbora buscaba comida en la orilla. Aunque también se daba cuenta de que por estar hambrienta era más peligrosa.

—¡¡Croac!! —croó el sapo todo lo fuerte que pudo.

De inmediato la víbora detuvo su

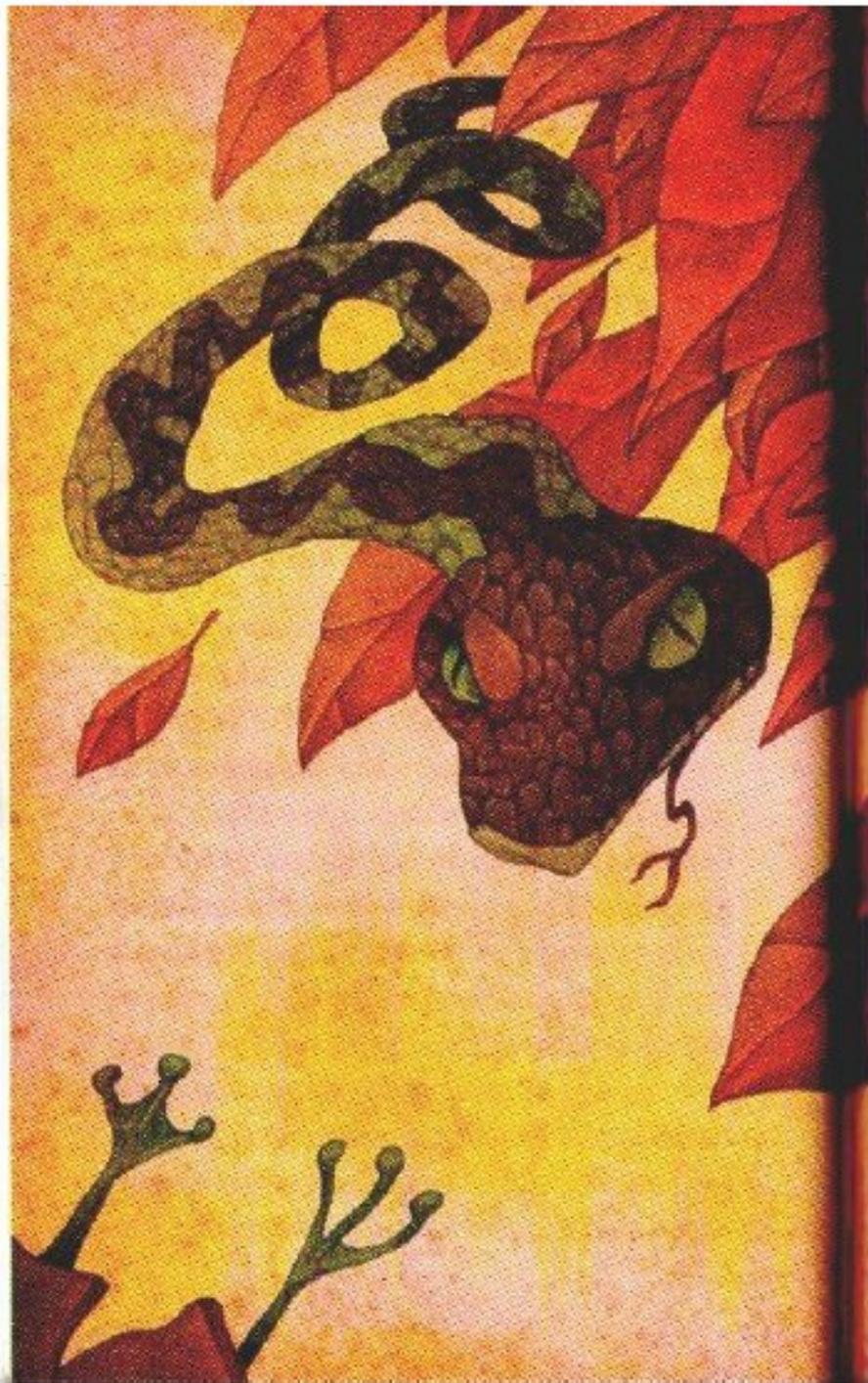
marcha y alzó la cabeza entre las hierbas, tratando de ubicar de dónde había venido aquel sonido tan conocido, al tiempo que su larga lengua bifurcada entraba y salía de la boca como un látigo.

*Ahora cuando me persigas,
vas a sentir mucho frío.
No le echas la culpa al viento,
sino al ¡croac! de miedo mío.*

Así le cantó un valsecito el sapo. Y al finalizar la melodía, dio un paso ridículo de baile y pegó un salto enorme.

La serpiente lo vio y se deslizó con gran velocidad hacia él. Pero ya el sapo llegaba al borde de la laguna y de otro gran salto se zambulló en el agua, donde tenía mayores posibilidades de escapar, aunque estaba seguro de que la víbora lo seguiría también en ese medio.

Tal y como había planeado, Sopa nadó hasta la isleta donde estuviera un rato antes y allí se ocultó entre las altas y tupidas hierbas. Desde su escondite, vio



como su perseguidora salía del agua, volvía a parar la cabeza y miraba a todas partes con sus ojillos amarillos. El sapo, a pesar de hallarse muy bien oculto, sintió un escalofrío que le recorrió toda su viscosa piel de tan solo pensar qué pasaría si lo encontraba.

A Sopa le entraron ganas de quedarse allí, sin moverse, hasta que su enemiga se marchara, pero si había llegado a este punto, no podía ahora echarse atrás. Así que volvió a suspirar y exclamó para sí: "¡Que pase lo que tenga que pasar!" Y saltó de su escondite.

La víbora lo vio al instante y reinició la persecución, ahora en un medio que le favorecía, pues podía deslizarse con mucha rapidez por el suelo húmedo de la islita, en tanto el sapo estaba obligado a hacerlo a saltos entre las hierbas que entorpecían su huida.

Al llegar a la parte más tupida, la serpiente vio que su perseguido estaba enredado entre los hierbajos, sin opor-

tunidades para escapar, y una sonrisa siniestra se dibujó en su boca. Se fue acercando muy lentamente al sapo, que se mantenía inmóvil, como paralizado al saberse perdido, y clavó en él sus colmillos, de donde salió a borbotones su mortal veneno.

Unos minutos después, viendo que su víctima no daba señales de vida, la víbora consideró que su almuerzo estaba a punto, por lo que abrió la boca para comenzar a tragárselo. Pero al intentar hacerlo, sintió un sabor repulsivo y lo expulsó.

—¡Qué asquerosidad! ¡Sabe a neumático! ¡Si llego a saber que ese sapo tenía ese sabor, no pierdo mi tiempo persiguiéndolo! —y mascullando y maldiciendo, la serpiente se fue por donde mismo había llegado.

Cuando el silencio retornó a la laguna, se movieron unos hierbajos próximos al sitio donde la víbora

dejara a su víctima y apareció el rostro resplandeciente de Sopa.

*La le, la le, la le li,
mucho suerte para mí.
La le, la le, la le li,
un engaño para ti.*

El sapo entonó esta alegre cumbia, mientras buscaba al sapo de goma que había traído en el paquete y a quien la víbora atacó, dejando en el interior de este su veneno al confundirlo con él. Ahora solo tenía que llevárselo al doctor Togá para que lo analizara.

Como Hobú, Sopa también regresó con la satisfacción del deber cumplido.

IX. El sospechoso de Malu

O la mulámbula de mula

MALU NO TENÍA idea de qué animal terrestre pudiera ser venenoso, por lo que decidió visitar a un antiguo conocido para informarse.

Se trataba de Mupa, el puma. Un anciano que en su época fue un reconocido delincuente, por lo que pasó muchos años de su vida en la cárcel, pero que al llegar a una avanzada edad abandonó sus malos hábitos y se dedicó a ser confidente de la policía y de los detectives privados para así delatar a sus ex colegas.

Varias veces H., S. y M. habían tenido que recurrir a los servicios del

viejo Mupa durante sus investigaciones. Por eso la mula sabía dónde ubicarlo. Era una tarde fuertemente soleada, y el calor en la montaña se hacía insufrible. Sin embargo, Malu subía sin dificultad la empinada cuesta, cargando en su lomo varios regalos para el puma, sabiendo que a este le gustaba recibirlos en pago por sus informaciones.

Los llevaba en su lomo sin esfuerzo, porque las mulas son animales de carga, como el caballo y el burro, y son tan fuertes como el primero y algo torpes de mente como el segundo. ¿Por qué? Porque las mulas son las hijas que nacen del cruzamiento de un caballo y una burra o, lo que es lo mismo, de una yegua y un burro, como es el caso de nuestra heroína.

Pensando precisamente en sus padres, que hacía tiempo no veía, Malu llegó casi hasta la cima de la montaña, donde creía que vivía el puma. Sin embargo, al no ver la casa del viejo Mupa

en el lugar donde debía estar, enseguida le vino algo a la mente y comenzó a patear con furia todo a su alrededor, mientras se gritaba a sí misma.

—¡Qué mula soy! ¡Qué clase de mula soy!

Es que en ese instante recordó que le habían dicho hacía unos días que el puma, para estar más cerca de otros animales por su edad, se había mudado a los cerros detrás de las granjas, ubicadas en sentido opuesto al bosque.

Así, insultándose, Malu descendió por donde vino y se dirigió a aquella zona.

Como resultado de un par de preguntas que le hizo a un gorrión y a una ardilla, rápidamente localizó la casa en la colina donde residía ahora el puma.

—¡Hola, mi amiga Hobú! —la saludó Mupa.

—¡Yo soy Malu, no Hobú, animal! ¡Y nunca he sido tu amiga! —le dijo la mula un poco molesta con

el recibimiento, por lo que fue directamente a su asunto—. Mira, Mupa, necesito una información urgente y para eso te traje estos regalos.

—¿Para qué te molestaste? —mintió el puma—. Tú sabes que a los amigos yo les sirvo sin interés alguno.

—Sí, yo sé que tú eres muy buen animal —ironizó Malu.

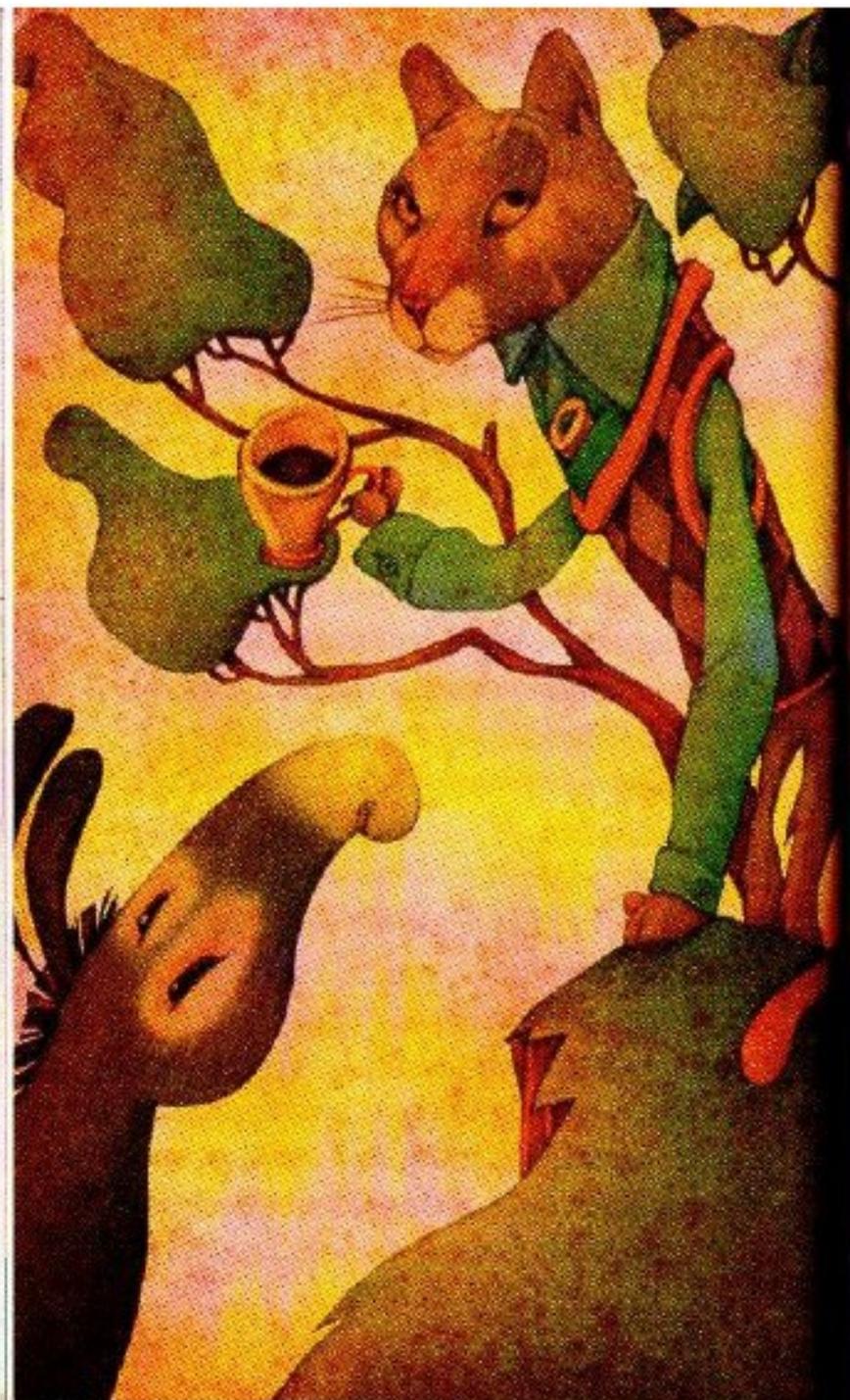
—Bueno, dime, ¿de qué se trata? —preguntó Mupa, mientras desempacaba los regalos con rapidez.

—Necesito que me nombres animales terrestres que sean venenosos y delincuentes. ¡Y sin rodeos, porque estoy apurada!

—¡Pero esa información es muy fácil, Hobú!

—¡Malu!

—Mira, por ejemplo, el jefe de la pandilla que actúa en esta zona es el famoso escorpión gigante. El mayor matón a sueldo de todos los alrededores. ¡Y usando su veneno es peligrosísimo!



—¡Wau! ¡El escorpión gigante!
—exclamó Malu con cierto temor en la voz—. ¿Y tiene una pandilla dices?

—Claro, sus guardaespaldas son las hienas Hianes, tres criminales, capaces de hacer cualquier atrocidad sin inmutarse.

—¿Dónde puedo localizar a ese escorpión?

—Mira, cuando salgas, verás a tu izquierda un cerro. Subiendo a la derecha hay una roca en forma de pirámide, ahí doblas a la izquierda hasta un manantial, lo rodeas y subes un par de metros, giras a la derecha y bajas hasta la falda del cerro, entonces te vas hasta el otro cerro de más allá y pregunta por allí.

—¿Y para qué tengo que hacer todo eso en el primer cerro si puedo ir directamente hasta el otro? —preguntó Malu con inocencia.

—Sí, lo puedes hacer, pero es menos complicado y menos misterioso —respondió el puma. ¡Y tú sabes que a

mí las informaciones fáciles no me gustan, Hobú!

—¡Malu!

Disgustada y sin decir nada más, la mula salió a buscar al escorpión con los pocos datos que obtuvo.

No bien llegó hasta el primer cerro, cuando una asquerosa hiena con una cicatriz en el hocico le interrumpió el camino, saliendo de repente de detrás de un árbol.

—¿Nos estás buscando, mula tonta? —le dijo con voz ronca.

Malu se sorprendió, pero cuando de peleas justas se trata, sus músculos se ponen enseguida en tensión y sus instintos de conservación la dominan. Por ello, le fue fácil darse cuenta de que otras dos hienas le habían cortado el camino por detrás.

—Vamos —volvió a hablar la de la cicatriz—, hay alguien que quiere conversar contigo.

Malu se dispuso a luchar, pero

se dio cuenta de que era mejor hacerlo cuando estuviera frente al escorpión, porque de lo contrario le sería difícil localizarlo después.

—Vamos. Será un placer para mí hablar con tu jefe, hiena vacía —y sonrió de su juego de palabras.

La de la cicatriz se contuvo, miró a la mula con odio y emprendió la marcha hacia el cuartel donde operaba el escorpión, seguida de Malu y cerrando la fila sus dos hermanas, atentas a cualquier movimiento extraño de la mula.

En unos minutos llegaron a un lugar semioscuro, rodeado de basura, piedras y esqueletos de animales. Pocos rayos de sol llegaban hasta el suelo, porque las ramas de dos árboles se unían en la copa haciendo la función de techo.

Acostado en la gran hoja de una planta, meciéndose como si fuera una hamaca, se encontraba el escorpión mientras varios ciempiés lo abanicaban,

le servían jugos y le afilaban el aguijón.

—¡La mula Malu! ¡Qué visita tan distinguida! —dijo el escorpión y haciendo un gesto con la mano echó a los ciempiés, que desaparecieron al instante.

—¿Usted me conoce? —preguntó la mula rodeada de las amenazantes hienas.

—¡Por supuesto! Hemos estado muy cerca de ti todo este tiempo. Cuando encontraron el huevo envenenado, cuando te disfrazaste de cebra; en fin, no te hemos perdido ni pie ni pisada, ni pata ni patada.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque me han dicho que ustedes son buenos detectives. Y lo han demostrado, ya que están muy cerca de descubrirlo todo.

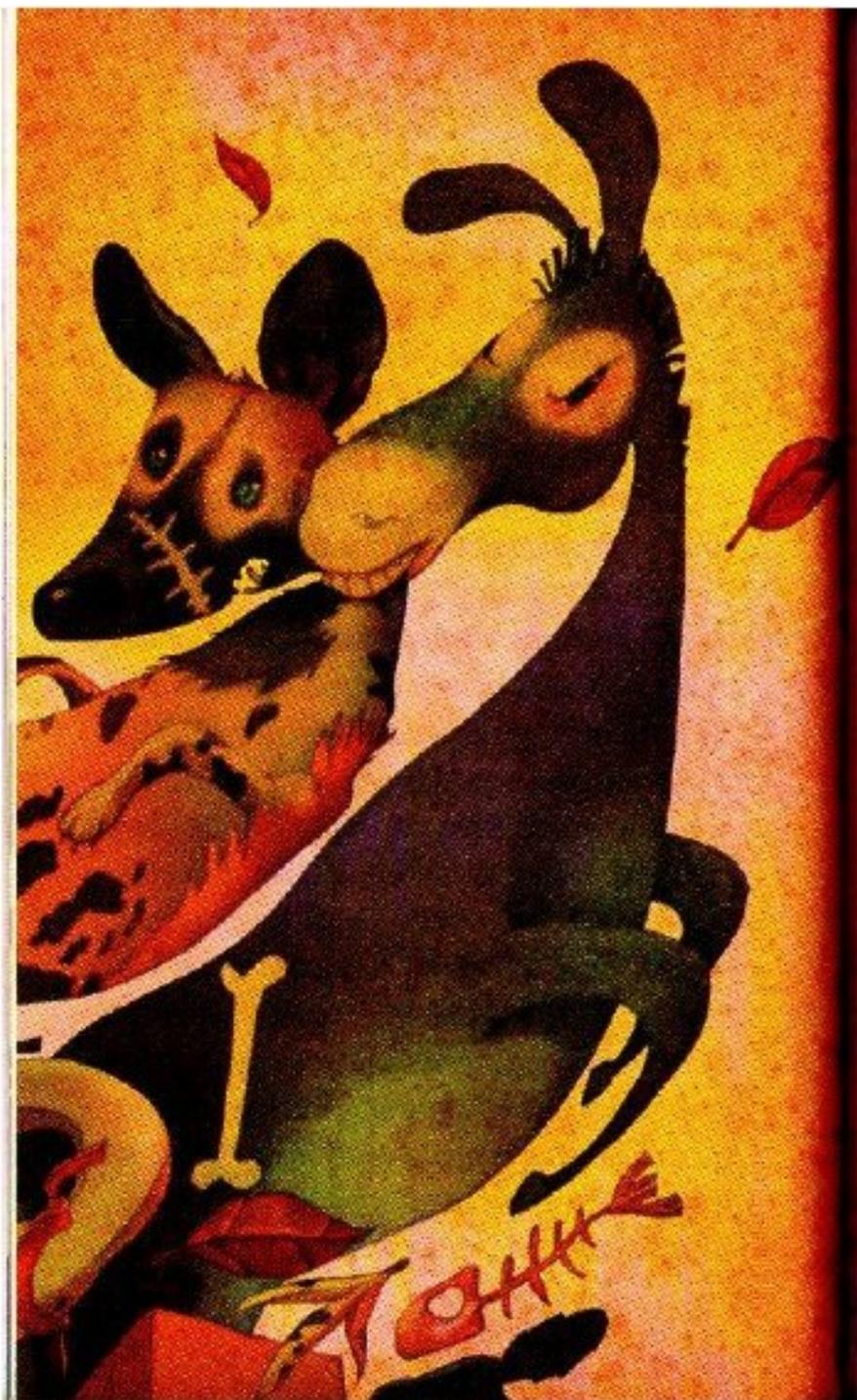
—¿Eso le preocupa? —dijo Malu con una falsa sonrisa.

—Claro, porque el veneno del huevo, el veneno del estómago del

zorro y el veneno de mi aguijón... es el mismo.

—¡Wau! ¡Usted es el culpable! —exclamó la mula y perdió la paciencia.

Sintió que la furia la invadía y agarró a la hiena de la cicatriz por el cuello con su boca, aplastándola contra el suelo, mientras levantaba la parte posterior de su cuerpo para soltar sendas coces con ambas patas, que dieron en los hocicos de las otras dos hienas. Acto seguido, liberó de sus dientes a la de la cicatriz y comenzó a propinarle cabezazos, que aquella recibía aturdida y sin defenderse. De pronto vio a las dos hermanas incorporarse detrás de ella, volvió a agarrar a la hiena del suelo y sin soltarla comenzó a girar a gran velocidad, por lo que al acercarse las otras dos hienas recibieron el fuerte golpe del cuerpo de su hermana y fueron a caer inconscientes junto a unas inmundicias, sirviendo de colchón a la de la cicatriz, que Malu había soltado encima de ellas,



formando un montoncito de hienas machucadas y desmayadas.

Como todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, el escorpión no tuvo tiempo para reaccionar y se quedó boquiabierto mirando la pelea. La mula se dio cuenta de esto y lanzó una patada a la hoja donde se mecía, por lo que el escorpión voló por los aires y cayó en una piedra delante de ella, lo que aprovechó Malu para plantarle una pata encima y anularle el movimiento de su cola, donde tenía el mortal aguijón.

Como Hobú y Sopa, Malu sintió la satisfacción del deber cumplido. Por eso le cantó una bachata al repugnante animal en su cara:

*Mulámbula, mulámbula.
Del cielo bajó un pintor
para pintar tu hermosura.
Al ver a un bicho tan feo
se le cuajó la pintura.
Mulámbula, mulámbula.*

Malu reía, pero al escorpión no le hacía ninguna gracia.

—Ya sabemos cómo lo hizo y quién es el culpable —le dijo la mula, y con autoridad agregó—: ¡Ahora me vas a decir por qué odiabas tanto al zorro!

—¡Pero si yo no lo odiaba! —contestó tímidamente el escorpión, ya que, como siempre ocurre, los “duros” se acobardan enseguida cuando se ven en desventaja.

—¡Ah, no! —ironizó Malu—. ¿Entonces porque el zorro te caía bien intentaste envenenarlo?

—¡Yo no lo quería eliminar! —exclamó el escorpión—. ¡Si hice eso fue porque me contrataron para hacerlo!

—¿Eeeeh? —saltó la mula—. ¿Y quién te contrató?

—¡No te lo puedo decir!

—¿Ah, no?! —exclamó Malu, presionando más con su pata el cuerpo del escorpión.

—¡No! —chilló el delincuente—. ¡No lo puedo decir, porque no lo sé!

—¿Crees que te voy a creer esa mentira?

—¡Es cierto! —suplicó el escorpión—. Nunca nos vimos personalmente. Nos comunicamos a través de notas que me dejaba escondidas en diferentes lugares. ¡Incluso recogí lo que me pagó de uno de esos escondites! ¡Te juro que no sé quién es!

Malu se ensombreció al comprender que el misterio continuaba y que el deber aún no estaba cumplido.

X. El descubrimiento

O las elucubraciones sin tribulaciones
de un huevito

CUANDO LA MULA llegó a la agencia con las tres hienas amarradas sobre su lomo y con el escorpión atado y colgado de un cordel que sostenía entre sus dientes, Hobú y Sopa quedaron sorprendidos. Pero cuando Malu les contó lo sucedido durante su encuentro con esos delincuentes y la confesión del escorpión, el desaliento ensombreció los semblantes de los tres amigos detectives.

—¿Ahora qué hacemos?! —croó el sapo casi con desesperación—. ¡Yo pensaba que estábamos a punto de resolver el caso!

—¡Vamos a tener que empezar la investigación de nuevo! —respondió el búho con determinación.

—¡Díganme a quién tengo que patear! —rebuznó la mula furiosa.

—No se trata de usar la fuerza, sino la inteligencia —dijo Hobú en tono de reproche.

—Perdonen... —se disculpó la mula. Y preguntó—: ¿Qué propones?

—Eso, pensar —apuntó Hobú—. Les propongo que analicemos cada uno de nosotros lo sucedido hasta ahora y los elementos que tenemos. Dentro de un par de horas nos reunimos otra vez y que cada cual exponga las conclusiones a que ha llegado. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamaron los otros dos.

—Yo me llevo el libro de zoolo-
gía, porque debo averiguar algo —in-
formó el búho.

—Yo no me llevo nada —dijo la
mula.

—Yo sí. Me voy a llevar un pedazo de cascarón del huevo de perdizona que envenenó a Rozo, a ver si le encuentro algo más que veneno —dijo el sapo sin mucha esperanza.

Dejando a los cuatro pandilleros bien atados en la caverna, cada cual se fue al sitio adonde acostumbraban pensar sin que nadie los molestara: Hobú al hueco abierto en lo más alto del tronco de un viejo algarrobo; Malu al centro de una apacible y silenciosa sabana, y Sopa a su casa sobre una gran hoja de lirio acuático en la laguna.

Para llegar hasta su casa, el sapo se echó a la espalda el pedazo de cascarón de huevo de color verde brillante, se lanzó a las tranquilas aguas de la laguna y nadó con lentitud hasta la hoja de lirio.

—Veré si le encuentro algo a esto —se dijo en voz alta Sopa, mientras se quitaba la carga de encima. Pero cuando lo hizo, sus ojos se desorbitaron mucho

más de lo que habitualmente los tienen los sapos y exclamó sorprendido—: ¡¿Qué le pasó a esta cáscara de huevo?!

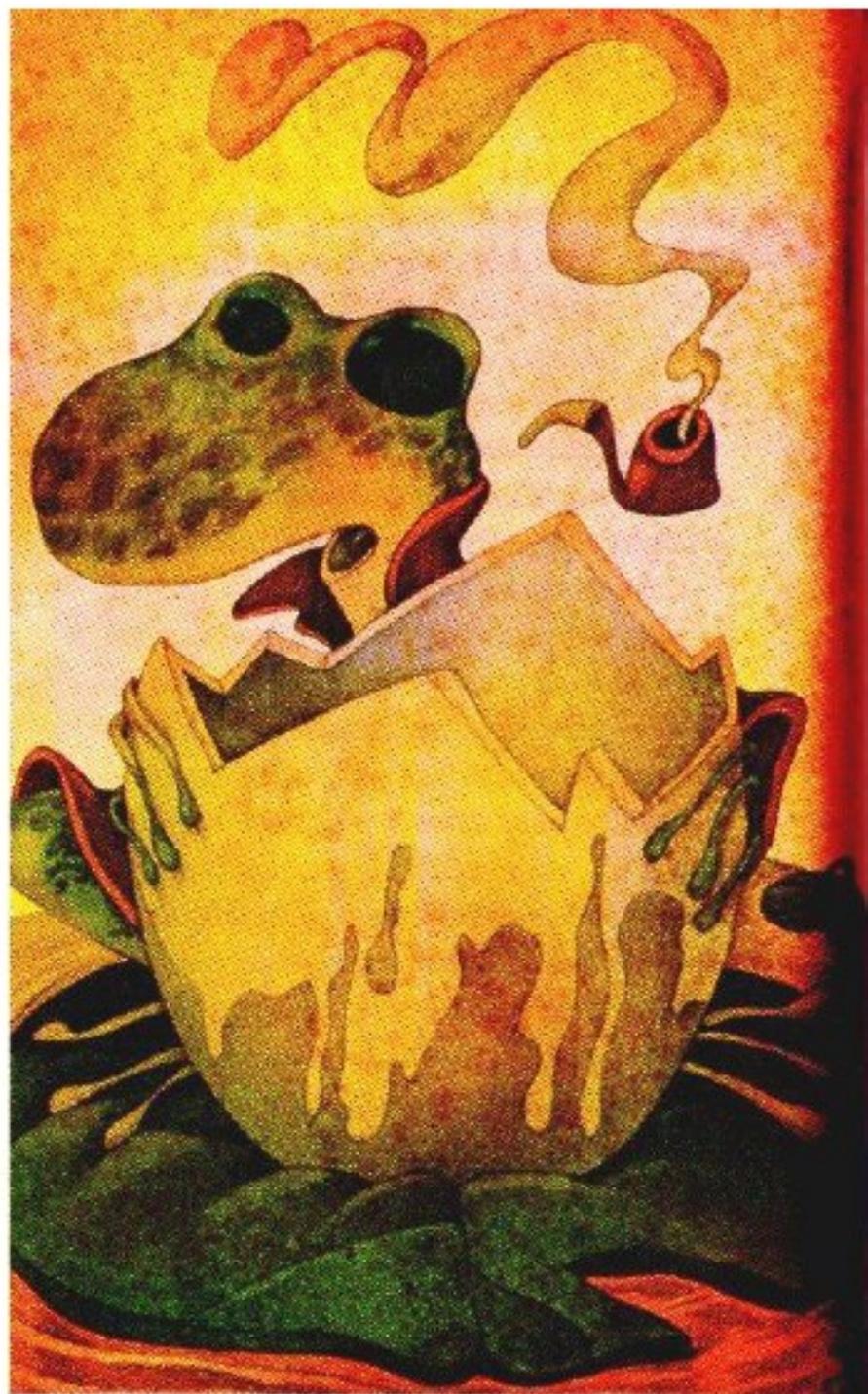
Y no era para menos, pues el cascarón que hasta ese momento había sido verde brillante, ahora era blanco.

Sopa lo revisó bien por todas partes y vio que aún le quedaban algunos vestigios del verde que había tenido. Le pasó el dedo a una de esas manchas verdes, lo observó bien y entonces comprendió lo que estaba pasando:

—¡¡Esto es un huevo de gallina pintado de verde brillante para que pareciera de perdizona!! —gritó entusiasmado.

Y como consideró que Hobú y Malu debían saber cuanto antes su descubrimiento, se volvió a lanzar al agua con el cascarón ahora blanco, en busca de sus otros dos colegas.

Un rato más tarde, los tres amigos detectives volvían a reunirse en la agencia y Sopa les dijo muy excitado:



—¡El huevo que envenenó a Rozo es de gallina! ¡Solo que estaba pintado de verde brillante para imitar a los huevos de perdizona!

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Malu con sus largas orejas bien paradas.

—Se destiñó con el agua cuando me eché a la laguna rumbo a mi casa.

—Eso quiere decir que quien contrató al escorpión para que envenenara al zorro, también trató de echarle la culpa a los perdizones —sacó Hobú en conclusión.

—¡Pero seguimos sin saber quién es! —se lamentó la mula.

—Sin embargo —dijo Sopa pensativo—, tengo una sospecha...

—¿Ya sabes quién está detrás de todo eso? —inquirió el búho.

—Hasta ahora son solo sospechas —contestó el sapo—, que tal vez podrían afianzarse si hacemos una visita a la casa de Rozo.

—¡Wau! ¿A la casa del zorro? ¿Para qué? —interrogó Malu sin entender adónde quería llegar Sopa.

—¡Vamos y después les digo! —dijo el sapo, saltando al lomo de Malu, que partió al instante, seguidos por Hobú volando a poca altura.

Enseguida llegaron a la madriguera de Rozo, pero como Malu no cabía por su gran tamaño, tuvo que esperar a que sus amigos fueran a ver si encontraban lo que el sapo estaba buscando.

No pasó mucho tiempo para que Hobú y Sopa aparecieran de nuevo en la puerta de la madriguera. Y por las caras que traían, la mula supo que ya estaban sobre la pista que necesitaban.

—¿Qué encontraron? —preguntó Malu impaciente.

—¡La despensa de Rozo llena de huevos de gallina! —le dijo Hobú radiante.

—¿Eso qué quiere decir? —volvió a interrogar la mula sin entender.

—¡Que Rozo le estaba robando los huevos a las esposas de Lloga, el gallo, y este contrató al escorpión para que lo eliminara!

—¡Ya entiendo! —saltó la mula entusiasmada. Pero de inmediato su alargado rostro se volvió a poner serio cuando agregó—: Pero eso tenemos que probarlo, porque no creo que el gallo ese confiese así como así con el poder que tiene.

—Eso le dije yo también a Hobú —apuntó el sapo con desaliento en su entonación.

—No se preocupen, amigos —los alentó el búho—, que tengo una idea para hacer que Lloga confiese.

—¿Cuál? —preguntaron Malu y Sopa al unísono.

—¡Acompañenme a la redacción de *El Heraldo del bosque*!

—¿Al diario?! ¿Para qué?! —la mula y el sapo miraron al búho sin comprender cuál era su plan.

Al otro día, en la primera plana de la edición matutina de *El Heraldo del bosque*, apareció publicada con grandes letras esta cuarteta:

*El bosque está entristecido,
pues por causa del veneno
pasó algo que no es bueno:
el zorro ha fallecido.*

XI. La confesión

O cómo llega la posición Lloga

EN TODAS partes aquella noticia fue motivo de discusión. A muchos animales no les agradaba saber de la muerte de uno de los suyos. Pero otros argumentaban que el zorro, por ser un connotado delincuente, se merecía ese máximo castigo. Por suerte, estos últimos eran minoría.

El más sorprendido al leer el diario fue Rope. De inmediato, seguido de sus sorprendidos cachorros, se dirigió al hospital. Allí quedó de una pieza al ver vivo a Rozo. Confuso, seguido de sus confusos cachorros, fue hasta la redacción de *El Heraldo del bosque*, donde

descubrió que habían sido H., S. y M., sus tres archirrivaes, los causantes de aquella mentira. Molesto, seguido de sus molestos cachorros, se apareció de inmediato en la agencia. Al ver en la caverna a las hienas Hianes y al escorpión gigante, cuatro malhechores que él llevaba mucho tiempo persiguiendo sin éxito, explotó de rabia.

—¡Tengo que averiguar qué se traen entre manos esos desgraciados! —gritó fuera de sí—. ¡No les voy a permitir que me sigan humillando como siempre!

Cegado por la ira, comenzó a lanzar por los aires todos los objetos que encontraba a su alrededor. Lamentablemente, una de esas cosas, un tarro de pintura que utilizó Malu para pintarse de cebra, le cayó encima derramando todo su interior en su cabeza. Rope se paralizó. El rictus de la boca del perro policía, su mirada fija hacia el infinito y los chorros de pintura

blanca que le corrían por el hocico hicieron que los cachorros desviarán sus risueñas miradas.

Entonces, enfurecido, seguido de sus divertidos cachorros, Rope salió en busca de H., S. y M.

Mientras tanto, el plan del búho se llevaba a la práctica en el gallinero de Lloga, construido a un costado de su opulenta casa, en las faldas de un elevado cerro.

Conocido por todos como un animal muy rico y déspota, el avaricioso gallo se dedicaba a explotar a sus quince esposas (las únicas gallinas en toda la zona). Las obligaba, siempre con su bastón de madera dura con incrustaciones de bronce en la mano, a poner varios huevos cada una en jornadas de doce horas diarias. Huevos que después vendía a altos precios para así gastar su fortuna en fastuosas fiestas a las que invitaba a los más famosos de la farándula local, como los cisnes modelos, las

cacatúas cantantes y los pavos reales actores de televisión, mientras sus gallinas permanecían durmiendo en sus mismos puestos de trabajo.

Sopa, sumergido en la piscina de la casa de Lloga, esperaba la señal de Malu, que había subido a la cima de la empinada colina desde donde observaba cualquier movimiento. Hobú, después de conversar un buen rato con las gallinas, se mantenía escondido en el follaje de un vecino árbol.

Al fin, después de haber comprobado que Lloga entraba en la casa después de la última inspección a su gallinero, Malu imitó la voz de un flamenco, entonando un canto andaluz y poniéndole una letra improvisada:

*Tus ojos son dos luceros
que iluminan mi camino.
Anoche tú los cerraste
y me estrellé contra un pino.*

Sopa lo escuchó y después de contener la risa por lo mal que imitaba la mula, croó con todas sus fuerzas.

Esa era la señal para que las gallinas comenzaran un histérico cacareo. La bulla llegó hasta los oídos de Lloga, que abandonó lo que hacía, y tomando su bastón se dirigió alarmado hasta el gallinero.

Al entrar, las gallinas le dijeron entre sus gritos de terror que habían visto al zorro Rozo.

—¡No puede ser! —vociferó Lloga—. ¡El zorro maldito está muerto!

—¡Pero lo vimos, lo vimos! —repetían las atemorizadas aves.

—¡No tengan miedo! ¡No sean gallinas! —gritó el gallo.

—¡Pero si somos gallinas!

—¡No puede ser verdad que vieran al zorro! ¡Pero si lo fuera, yo estoy aquí para defender mis huevos!

En ese momento, a través de los espaciosos ventanales del gallinero, se

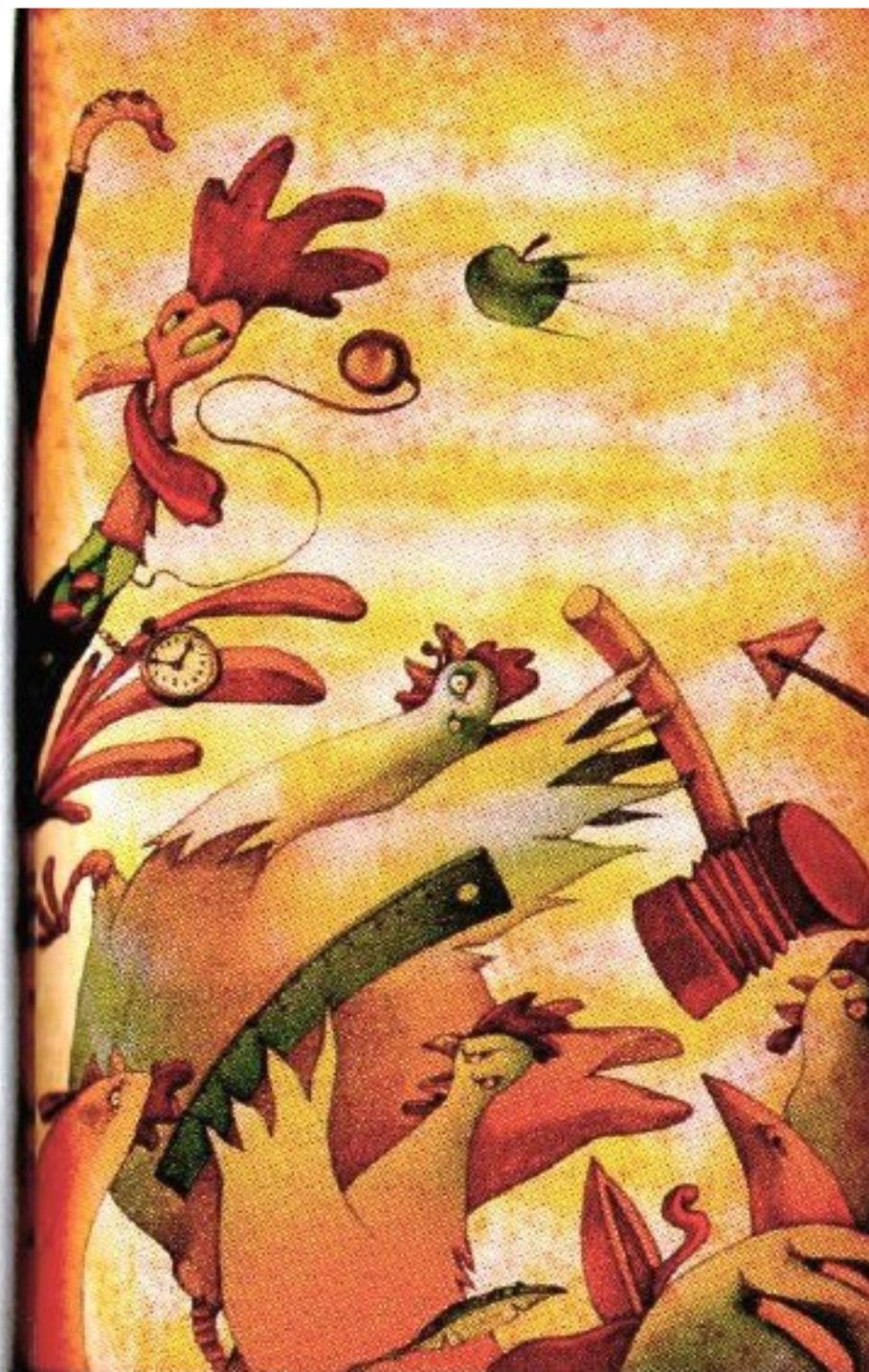
vio pasar a un zorro de cola plateada, pero pálido y con oscuras ojeras.

—¡El fantasma de Rozo! —exclamó Lloga temblando de miedo y soltando el bastón.

—¡Ahora! —gritó Sopa abriendo de repente la puerta.

Al instante, quince gallinas se abalanzaron sobre el gallo y entre aleteos y picotazos lo persiguieron por todo el gallinero, exigiéndole que confesara, y de paso, aprovechando para desquitarse de sus abusos. El gallo se resistió un poco, pero era tanta la zurra que le propinaban que cedió, prometiendo decir la verdad. Las gallinas lo arrastraron satisfechas hasta la puerta, y lo dejaron tendido y amoratado delante de Sopa y el recién llegado Hobú, que con su disfraz de zorro bajo el ala, las esperaba contento.

Pero las gallinas no pudieron festejar y felicitarse por mucho tiempo. Una voz potente las interrumpió.



—¡Que nadie se mueva de donde está! —ladró Rope—. ¡Si no me explican este desastre, todos se pudrirán en la comisaría!

El perro policía, acompañado de sus hijos, había rastreado a H., S. y M. hasta la casa del gallo. Y ahora, en actitud amenazante y con caras de pocos amigos, se encontraban parados frente a ellos, de espaldas a la piscina.

Pero antes de recibir una respuesta sucedió algo extraño, por decir lo menos.

Como Malu no podía observar bien lo que ocurría dentro del gallinero, se acercó demasiado al borde de la roca donde estaba parada en la cima del cerro. Entonces, entre la mezcla de susto por el grito del perro y la furia al verlo, se sobresaltó y resbaló. De esta manera, dando un alarido de terror y moviendo con todas sus fuerzas las cuatro patas, se precipitó desde esa gran altura.

—¡Una mula voladora! —gritaron las quince gallinas.

Y Malu, sin poder disfrutar su añorado sueño de volar, cayó estruendosamente en la piscina.

Pero eso no fue lo peor. El espectacular piscinazo levantó una enorme ola que cayó sobre Rope y sus cachorros, dejándolos completamente empapados y aumentando —si fuera eso posible— la furia del perro policía.

XII. Caso cerrado

O el yesteryerequeteyer de los tres
amigos

EL ESCÁNDALO en la Comisaría era mayúsculo. Allí habían sido conducidos todos los animales relacionados con "el enigma del huevo verde", como le había llamado Hobú a la investigación.

Mientras el escorpión y las hienas Hianes clamaban su inocencia y culpaban al gallo, Lloga les quiquiriqueaba en la cara su cobardía, las gallinas le cacareaban por todo el tiempo que pusieron huevos como esclavas y los empapados cachorros de perros policías ladraban acusando a la mula de ofensa

a la autoridad por mojarlos.

Y para colmo, a Sopa se le ocurrió una broma. Casi en las orejotas de Rope, les contaba a sus amigos con voz muy chillona, esta jerigonza entre la enorme algarabía:

—Toga y Chovi con chivo y gato fueron con Rope y perro a casa de zorro y Rozo. Ahí vi a Tapa y pata perseguir a Noma. Y la mona entró en casa de Cosme y mosca, donde estaban Roto, toro, Malu, mula, Songa, ganso, Cava, vaca, Doncor y cóndor, Hobú, búho y Sopa y paso, no sapo y sepo. ¡No! Peso y puso y...

—¡¡Basta!! ¡¡No puedo más!! ¡¡Cállense todos!! —explotó Rope, quedándose casi ronco con un ladrido descomunal.

Se hizo un profundo silencio y Rope se paseó un rato calmándose, ante la vista y las risitas contenidas de todos. Entonces, les ordenó a sus hijos que encarcelaran a los presentes, quedándose él con H., S. y M. delante de la celda del

perdizón que, asombrado por el escándalo, no entendía nada.

Pero en el fondo, la severa actitud de Rope no era debida al bullicio en la comisaría, ni siquiera al imprevisto chapuzón de la piscina, sino a que una vez más H., S. y M. tenían resuelto el caso, según ellos, y él seguía ignorando todo. En fin, que veía venir un nuevo ridículo en su carrera.

—¿Me pueden explicar qué está pasando antes de que pierda la paciencia? —se encaró con los tres amigos.

—Que el culpable del intento de envenenar al zorro es Lloga, el gallo —respondió Hobú.

—¿Ustedes saben en qué se están metiendo con esa acusación? —dijo Rope—. Lloga es uno de los animales más poderosos e influyentes de los alrededores.

—Mire, señor policía —dijo Sopa—, Rozo, el zorro, le robaba huevos a Lloga, el gallo.

—¡No empieces con tu jerigonza! —lo interrumpió el perro.

—¡Pero si es cierto! Mire, al gallo se le ocurrió contratar al escorpión y su pandilla para que lo asustara y dejara de comer sus huevos. Pero como no quería hacerlo con un huevo envenenado de gallina, para que nadie sospechara mandó a hacerlo con un huevo pintado de verde y así inculpar a los perdizones.

—Ya están todas las pruebas y las confesiones de los culpables —añadió Malu—. ¡Además, en unos días el zorro podrá hablar y dirá que el perdizón es inocente! ¡Así que suelte al pobre animalito que tiene preso por gusto!

Aplastado por las explicaciones y disgustado consigo mismo, el perro policía comenzó a abrir la reja del ave, obedeciendo a la mula automáticamente.

—¡Para mí, todas las pruebas acusaban al perdizón! —dijo Rope bajito, como hablando para él.

—¡Ese fue otro error suyo, señor!
—saltó Hobú al escucharlo—. Nunca hubiera sido el perdizón. En todo caso hubiera sido su esposa la culpable, porque en esa especie el que anida es el macho y no la hembra.

—¿Cómo?! —saltó el perro.

—Sí —continuó el búho—. La que estaba allí ese día con el zorro fue la perdizona y el que tiene preso ahí se echó la culpa para salvarla, como noble esposo que es.

—¿Es cierto eso? —preguntó atónito Rope al ave.

—Sí, tienen razón —afirmó con modestia el perdizón.

—¿Cómo lo supiste, Hobú? —quiso saber Malu.

—Lo averigüé cuando nos separamos a pensar. Para eso me llevé el libro de zoología. ¿No recuerdas, Malu, que pensábamos que los perdizones tenían un secreto?

—¡Claro que sí! —exclamó la

mula—. ¡Eres un genio!

En ese instante una algarabía en la puerta de la comisaría indicaba la llegada de los periodistas, ansiosos por informarse de lo sucedido. Cronistas de *El Heraldito del bosque*, de Radio *El lorito mudo*, de *Telefauna* y de otros medios exigían una declaración oficial.

Rápidamente, Rope fue a calmarlos, y dirigiéndose a ellos en actitud solemne, grave, como la que utilizan mucho las autoridades, les habló:

—Estimados amigos, solo puedo informarles que esta comisaría, con la habilidad y presteza que la caracterizan, ha descubierto un horrible acto criminal y los culpables ya están detenidos. Una vez más la justicia y el orden han vencido —y respirando profundo agregó—: La Institución que represento está muy orgullosa del trabajo realizado. Muchas gracias.

Malu no entendía cómo el policía podía ser tan mentiroso.

—¡Pero si no hizo nada! ¡Fuimos nosotros!

—¡Cálmate, Malu! —sonrió el búho—. ¡Déjalo! ¡Nosotros sabemos que hicimos todo el trabajo!

—¡Es que...! —pero la mula fue interrumpida por el cacareo de las gallinas que salían liberadas moviendo sus colas.

—¿Y ustedes qué van a hacer ahora sin el gallo? —les preguntó Hobú, tratando de callarlas.

—¡Eso no es problema! —respondió la líder del grupo con la felicidad retratada en su cresta—. ¡Vamos a poner nuestro propio negocio de venta de huevos duros, fritos y revueltos! ¡Lo importante es que ya no habrá quien nos explote!

—¡Y nunca nadie se volverá a comer un huevo envenenado! —bromeó Sopa—. ¡Y menos verde!

—De eso quería hablar —dijo la mula de pronto, en medio de las risas

de las gallinas—. Si existen todos esos animales venenosos en el aire, la tierra y el agua, ¿por qué las autoridades del bosque no los eliminan para que nadie corra peligro?

—¡No se puede! —respondió Hobú—. El otro día mismo, Toga, el médico, salvó a una paloma enferma haciendo una vacuna con el veneno de una abeja africana.

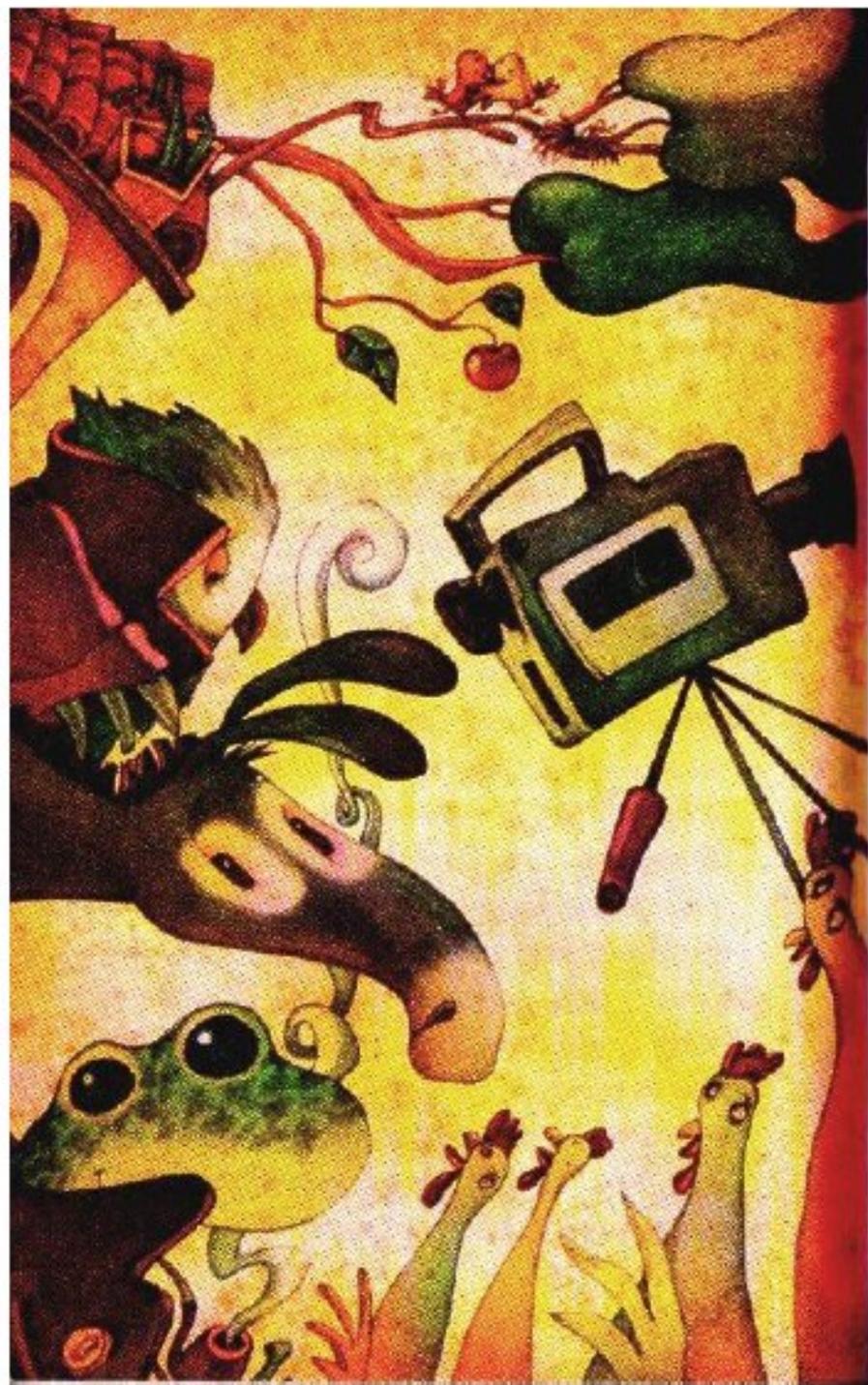
—¡Wau! —exclamó Malu sorprendida—. ¿Entonces son buenos esos bichos?

—Hay que sacar a algunos de la delincuencia —apuntó el búho—. Yo propongo...

Pero Hobú no tuvo tiempo de terminar, pues en eso vieron llegar a la Comisaría a la pata Tapa, la chismosa del bosque, que venía corriendo y casi sin resuello:

—¿Ya se enteraron?

—¿De que Lloga y sus secuaces están presos por envenenar a Rozo?



—dijo un cerdito periodista con ironía.

—No, no era eso lo que venía a decirles —dijo la pata con autosuficiencia—. Esa noticia ya es muy vieja.

—¿Noticia vieja esa?! ¡Pero si acaba de suceder!

—¡Wau! ¡Esta Tapa es una agencia de noticias increíble! —la miró Malu con asombro.

—¿Cuál es la noticia, entonces? —le preguntó Hobú.

—¡Que los pichones de los perdizones acaban de nacer!

Así que todos comenzaron a saltar y a bailar de contentos, y a felicitar al perdizón por la buena nueva.

Y mientras los animales corrían al nido para comenzar la fiesta de bienvenida a los nuevos habitantes del bosque, Sopa sobre Hobú y Hobú sobre Malu marchaban detrás de todos, a un nuevo trote cadencioso inventado por la mula y entonando un movido hip hop:

*Una, doli, tuá,
De la li men guá,
orofeme coloremé,
Loren, liren, laren.
No hay misterio
que no aclaren
¡los del trío hache, ese y eme!*

Crímenes resueltos, causas justas,
Hobú-Sopa-Malu amigos para siempre;
pájaros que nacen: suena y resuena y
crece la música del bosque.

Fin



Índice

I. La víctima	9
II. La policía	16
III. Los detectives	26
IV. La pista	37
V. Más indagaciones	43
VI. El acusado	52
VII. Los sospechosos de Hobú	63
VIII. El sospechoso de Sopa	72
IX. El sospechoso de Malu	80
X. El descubrimiento	94
XI. La confesión	103
XII. Caso cerrado	112